Internacional Situacionista

EL RETORNO DE LA COLUMNA DURRUTI.

Historia Del Pensamiento Situacionista.

Primera Edición:
Septiembre - 1969
N°12 de la revista de
La Internacional Situacionista

EDICIONES CRIMENTAL
Valle del Maipo, Enero 2016
ediciones.crimental@riseup.net
https://edicionescrimental.wordpress.com/

NINGÚN DERECHO RESERVADO
Alentamos la reproducción total o parcial de esta obra, mediante cualquier medio.
Se repúdia cualquier intento de lucro.

Diseño y diagramación:
Ediciones Crimental

PIRATEA Y DIFUNDE

Ingredientes

8 *Algo así como un prologo: Historia Del Pensamiento Situacionista. Un Collage De Sus Reflexiones.*

13 *Los comienzos: la primera piedra lanzada por Debord*

24 *La primera fase de la IS: Contra el Arte y afinando la posición*

25 *Segunda Fase: La I.S. tomando posición*

35 *Contra la ideología, la técnica, el trabajo y los intelectuales del espectáculo*

46 Afinando la puntería

77 Bibliografía

81 El Retorno de la Columna Durruti

82 El Comienzo de una Época

ALGO ASÍ COMO UN PROLOGO:

HISTORIA DEL PENSAMIENTO SITUACIONISTA. UN COLLAGE DE SUS REFLEXIONES

Ya ha pasado más de un año desde que los compañeros de Ediciones Crimental me propusieron hacer este escrito. Debo admitir, que antes de embarcarme en esta empresa mi conocimiento sobre los situacionistas era bastante restringido y se limitaba a una ambigua simpatía que desde hace algún tiempo sentía por ellos. Simpatía que surgía producto de ciertos comentarios que había escuchado, cosas relacionadas a la construcción de situaciones, la revolución de la vida cotidiana, o la mezcla entre arte y subversión. Sin embargo, todas eran cosas que yo había leído de personas que escribían sobre los situacionistas o de comentarios de amigos,

pero no de la pluma y palabra de los propios situacionistas.

Una de las cosas que hice para escribir este texto fue buscar textos que hablaran sobre los situs. Ahí me di cuenta de la cantidad de basura que se encuentra esparcida por ahí. Un montón de mitos sobre ellos se esparcen por todas partes. Desde que eran simples artistas con un poco de conciencia social, hasta que su único legado fueron haber generado un par de escándalos memorables. Es por eso que decidí leerlos yo mismo y sacar mis propias conclusiones. No fue difícil, ya que existe un archivo digital con la obra de la internacional situacionista en la red[1]. Además, de oficio soy historiador, aunque el hecho de que la Universidad me haya certificado para indagar en el pasado, no dice mucho, de hecho es hasta sospechoso que supuestamente haya que tener un titulo para hacerlo. Porque encontrarnos con nuestro pasado no debería ser obra de especialistas, sino de todo aquel que quiera descubrir los destellos de la memoria colectiva, esa arrugada hoja de ruta que en el momento menos esperado nos puede salvar el pellejo.

1 www.sindominio.net/ash/

Fue así como me adentré en el mundo de los situs y sus ideas. Debo confesar que me llevé más de una sorpresa. Como sucede con los buenos textos, me encontraba con ideas que yo mismo había pensado antes pero que no me había dado el tiempo o la paja de racionalizar. Es sorprendente cuando nos damos cuenta que atrás de nosotros hubieron generaciones y generaciones que se enfrentaron a los mismos dilemas que uno y pensaron muchas cosas que pueden rescatarse hoy en día. Cuando pienso esto creo que es un tesoro sin valorarse lo suficiente, porque la memoria histórica de las diferentes prácticas y teorías revolucionarias sigue siendo muy desconocida y mistificada. Como dicen unos compañeros por ahí, hay que ver el "pasado revolucionario como un arsenal que saquear, aprovechando gozosamente todo aquello que es útil para nuestra lucha actual".

La teoría revolucionaria va más allá del anarquismo o el marxismo, entre estas corrientes, desde el insurreccionalismo hasta el leninismo, existen muchas otras reflexiones encarnadas en diferentes grupos, como por ejemplo los situacionistas que intenta-

ron generar una síntesis de la teoría revolucionaria y crear un pensamiento propio más allá de las ideologías anarquistas o marxistas (si lo lograron efectivamente, esa es otra discusión, pero al menos tenían la intención manifiesta de hacerlo).

Como datos, antes de empezar, podemos decir que este grupo se formó en 1957 y vivió hasta aproximadamente 1972, es decir es una organización con hartos años de reflexión. Ésta se articulaba en una revista denominada "internacional situacionista" la cual agrupaba muchos escritos de compas de diversos países de Europa durante este periodo histórico en donde se vivía una crisis del movimiento obrero tradicional producto de la introducción de la social-democracia en Europa y el auge de los imperios, por un lado, capitalista vinculado a los EE.UU, y por otro, al capitalismo de estado, vinculado a la URSS y que había coaptado parte importante de la izquierda internacional.

Los situs se plantearon en un margen argumentando que estos dos sistemas que supuestamente eran antagónicos, en realidad, eran colaborativos y cada uno representaba la pseudonegación del anterior. Así,

elaboraron una teoría propia con estos postulados, ligándolos a problemas relacionados con el deseo, la vida cotidiana, el arte, la práctica/teoría revolucionaria y la historia del movimiento obrero y anticapitalista.

Este escrito pretende ser una síntesis de su pensamiento a través de una recopilación arbitraria y subjetiva de sus escritos a través del tiempo. Este es, por tanto, una especie de colagge del pensamiento que desarrollaron con anterioridad al texto principal que presenta ediciones crimental en este tomo **El Retorno de la Columna de Durruti**, el cual fue escrito en 1969, después de las protestas en Mayo de 1968 en Francia. La idea es contextualizar, mediante este ejercicio, las reflexiones de los situs antes de que estallara está relevante insurrección, la cual dio paso a la creación del texto que se presenta en este libro. Quizás el único merito de esta especie de prólogo que se presenta a continuación es que su autor leyó pacientemente la obra de la internacional situacionista, es decir que para hablar de ellos se informó de la propia pluma de los situacionistas, y no de las recurrentes falsificaciones históricas que pululan por ahí. Me fui directo a la fuente para trabajar desde ahí.

LOS COMIENZOS: LA PRIMERA PIEDRA LANZADA POR DEBORD

Empecemos, entonces, con el principio. El que se denomina como texto fundacional de la internacional Situacionista fue escrito por un joven de tan solo 26 años llamado Guy Debord en 1957 y contiene las primeras aproximaciones al pensamiento de los situs. En el texto **Informe sobre la construcción de situaciones y sobre las condiciones de la organización y la acción de la tendencia situacionista internacional,** se prefiguran las ideas que luego desarrollará más profundamente la internacional.

En el texto se mencionan las organizaciones precedentes a la internacional. Por un lado, "La internacional de los Artistas Experimentales" que publicaba la revista "COBRA", por otro lado la "Internacional Letrista" existente en los 40 y 50, así como el "Movimiento Internacional para una Bauhaus Imaginista". Todos movimientos generados en el seno de organizaciones de artistas que empezaron a entender que no podía existir verdaderamente un arte experimental sin incidir y transformar la realidad, es decir eran artistas

que empezaban a abandonar el arte como campo especializado para introducirse en los problemas elementales para generar una sociedad revolucionaria, única manera de, como decían ellos, "realizar verdaderamente el arte". Debord sella este problema con la siguiente sentencia "los problemas de la creación cultural no pueden ser resueltos más que en relación a un nuevo avance de la revolución mundial" (Debord, 1957), de esta manera se separa de otras vanguardias artísticas que buscan transgredir los valores dentro de las obras de arte. A Debord no le interesa transgredir los valores dentro de obras de arte, sino dentro de la sociedad capitalista.

La idea de los situs es expresar que el arte no puede existir verdaderamente en una sociedad capitalista, por tanto la verdadera realización del arte sólo puede generarse aboliendo el estado, el capital y las clases sociales. De esta manera atacan la figura tradicional del artista involucrado en lo meramente estético. Además critican la especialización de los artistas, los situs quieren que todos construyan situaciones y arte, por tanto la única vía para involucrar a todos

en esta creación es generando una revolución social que demande la participación de todos. Los situs detestan a los especialistas de todo tipo, y buscan su abolición: artistas profesionales, científicos, académicos, políticos, etc,"en una sociedad sin clases no habrá pintores, sino situacionista que, entre otras actividades, pintarán"(Debord, 1957).

Dentro del campo del arte "La única vía experimental válida se basa en la crítica de las condiciones existentes, y en su superación deliberada. Tenemos que significar de una vez por todas que no se ha de llamar creación a lo que no es más que expresión personal en el marco de medios creados por otros. La creación no es la conciliación de los objetos y las formas, sino la invención de nuevas leyes sobre estas relaciones" (Debord, 1957). Lo que se quiere decir es que no hay verdadera creación dentro de obras artísticas que por más innovadoras y libres que se presenten, siguen siendo producidas dentro de un sistema impuesto: el capitalismo. La verdadera creación sólo puede generarse con una transformación radical del mundo.

Otra idea fundamental de los situs y que ya en este texto se prefigura es su obsesión

por una crítica global y unitaria al sistema de dominación. Cuando los situs hablan de una teoría unitaria, no quieren decir centralizada, sino que lo contrario de una teoría fragmentada. Ellos pretenden encontrar las raíces de los problemas y evitar las especializaciones de los conocimientos generando un lenguaje común y subversivo que sea una herramienta para la construcción de las situaciones que harán inevitable la revolución social. En la sociedad capitalista existe un "sentido de la crítica y la investigación, pero bajo la condición de orientar esta actividad hacia disciplinas utilitarias estrictamente fragmentadas, y romper la conjunción de la crítica y la investigación" (Debord, 1957). Ellos querían romper con esta fragmentación o parcelación de la realidad.

Los situs creen que sólo generando esta teoría unitaria y a la raíz del problema puede lograr que el capitalismo no recupere nuestros pensamientos en nuestra propia contra, porque " La ideología dominante organiza la banalización de los hallazgos subversivos y las difunde ampliamente una vez esterilizadas. Incluso consigue servirse de los individuos subversivos: muertos por el falseamiento de

su obra y vivos gracias a la confusión ideológica general " (Debor, 1957). Ya en la década de los 50 Debord nos avisaba eso que todos hemos visto hoy en día: el Che en las camisetas de todos, al movimiento Punk como una mera moda y tantos otros ejemplos que se nos vienen a la mente. Es por eso que luego dice "cuando la crítica literaria burguesa felicite a los autores de opiniones políticas revolucionarias, éstos tendrán que preguntarse qué errores han cometido" (Debord, 1957) esto puede aplicarse a la realidad actual de algunos mov. sociales, por ejemplo, cuando los medios empiezan a reapropiarse de sus acciones felicitando su espíritu ciudadano y esas pachotadas (porque se portan bien en una marcha, por ejemplo).

Esta búsqueda por una teoría revolucionaria global encuentra en la raíz la noción de espectáculo que ya aparece prefigurada en este texto y que evolucionará fuertemente en el posterior pensamiento situ "La construcción de situaciones comienza tras la destrucción moderna de la noción de espectáculo. Es fácil ver hasta qué punto el principio mismo del espectáculo está ligado a la alienación del viejo mundo: la no-inter-

vención. En cambio vemos cómo las investigaciones revolucionarias más válidas en la cultura han intentado romper la identificación psicológica del espectador con el héroe para arrastrarlo a la actividad, provocando sus capacidades de subvertir su propia vida. La situación está hecha para ser vivida por sus constructores" (Debord, 1957)

En el mismo sentido, por ejemplo, en el caso de los artistas dice que "Ya se han interpretado bastante las pasiones: se trata de encontrar otras nuevas" (Debord, 1957), es decir no se trata de interpretar la realidad, sino de transformarla, es básicamente la misma tesis de Marx que formula en contra de la filosofía de su tiempo, la cual solo interpretaba el mundo, pero no lo cambiaba. El artista, por tanto, no tendría que buscar espectadores para los sentimientos que él vuelca en su obra, sino que debe avocarse a construir colectivamente nuevos sentimientos, pasiones y deseos que puedan subvertir el espectáculo y el principio de la no-intervención. En ese sentido los situs dicen que debemos "Oponer concretamente, en toda ocasión, a los reflejos del modo de vida capitalista, otros modos de vida desea-

bles; destruir, por todos los medios hiperpolíticos, la idea burguesa de la felicidad ” (Debord, 1957).

Sin embargo, para crear esos nuevos deseos y pasiones distintas a la felicidad burguesa que tanta gente se compra como zombies, sobre todo hoy en día en que la dominación funciona más que con la coerción directa con el deseo que la propia gente tiene de lograr el estatus y forma de vida de las clases más altas, aspiracionismo detestable que pillamos en ricos y pobres por igual, antes que nada, debemos “racionalizar el mundo, como primera condición para incorporar la pasión” (Debord, 1957). Es decir, para construir aquella pasión distinta a la actual, en donde millones de ovejas se apasionan con tener los lujos que les promete el capitalismo, debemos racionalizar la dominación para comprenderla y así combatirla.

Para construir esos nuevos deseos comunes “Tenemos que emprender un trabajo colectivo organizado, tendiente a un uso unitario de todos los medios de agitación de la vida cotidiana ” (Debord, 1957). Me parece sorprendente que ya en 1957 los situs comiencen a dar importancia al tema de la vida

cotidiana, ya que muy pocos grupos de esta época le daban importancia a este asunto que resulta trascendental para cualquier proceso de emancipación. Para generar esa agitación en la vida cotidiana los situs dicen que "Nuestra idea central es la construcción de situaciones, es decir, la construcción concreta de ambientes momentáneos de la vida y su transformación en una calidad pasional superior" (Debord, 1957) y en ese sentido "Nuestra acción sobre el comportamiento, en relación con los demás aspectos deseables de una revolución en las costumbres, puede definirse someramente por la invención de juegos de una esencia nueva. El objetivo general tiene que ser la ampliación de la parte no mediocre de la vida, de disminuir, en tanto sea posible, los momentos nulos" (Debord, 1957) También resulta al menos curioso y grato que los situs ya reivindicaran el juego como parte integral de la emancipación. Ellos sienten que hay que disputar los campos del ocio de las multitudes con estas nuevas pasiones que deben ser construidas frente al "hecho de que se ofrece ante nuestros ojos una batalla de tiempo libre, cuya importancia en la lucha de clases no ha sido

suficientemente analizada. En este momento, la clase dominante ha conseguido servirse del tiempo libre que le ha arrebatado el proletariado revolucionario, desarrollando un vasto sector industrial del ocio que es un incomparable instrumento de embrutecimiento del proletariado mediante los subproductos de la ideología mistificadora y de los gustos de la burguesía" (Debord, 1957).

¡Cuántas ganas de encontrar la manera de ayudar a construir nuevos deseos en las multitudes, los cuales los alejen de sus estúpidos paseos por el mall y los acerquen a la sed por la emancipación, una en donde no exista ni mercancía ni autoridad! ¡Cuántas ganas de que sientan esto como una necesidad y también como algo lleno de placer, casi como el placer que sentimos nosotros al romper sus banales vitrinas! ¡cuántas ganas de que se lo tomen en serio, pero también lúdicamente, con odio y con placer, como deben ser las verdaderas insurrecciones!

Así, en relación a lo ludico se plantea que " la aplicación de esta voluntad de creación lúdica se ha de extender a todas las formas conocidas de relaciones humanas, e influenciar, por ejemplo, la evolución histórica de

sentimientos como la amistad y el amor" (Debord, 1957). Esta es una reflexión vital para los tiempos actuales, porque modificar los deseos de la gente para que utilicen su tiempo en otras cosas menos alienantes como la TV, lavar el auto, o ocupar Internet (porque digámoslo hoy en día el internet puede ser una de las formas más alienadas de ocupar nuestro "tiempo libre") debe ser una de nuestras principales tareas, ya que sólo con verdaderos deseos se puede construir una verdadera emancipación. En el fondo nadie puede emanciparse si no lo desea profundamente, a menos que creamos que nosotros vamos a emancipar al resto como muchos amigotes amantes de los caudillos y las estructuras jerárquicas. Y como el deseo está involucrado con el placer, porque si uno satisface sus deseos tiene placer, y el placer está relacionado con el juego, los situs, en el fondo, intentan buscar la manera en que la gente se divierta emancipándose, haciendo la revolución y luchando contra la mercantilización del ocio.

Así, los situs dicen que "este es nuestro programa, esencialmente transitorio" (Debord 1957), de esta manera dejan abierta

la posibilidad de cambio y transformación continua de la teoría por parte de todos los situacionistas que conformarán la internacional, y rematan diciendo que "la idea de eternidad es la más tosca que un hombre pueda concebir a propósito de sus actos" (Debord, 1957)

Para terminar con esta parte del texto pongo la siguiente cita que enuncia un poco lo que quieren los situs con este ejercicio de empezar a construir teoría revolucionaria, el cual me parece que refleja el espíritu de su empresa que comienza a fines de los años 50 "Proponemos únicamente una investigación experimental conducida colectivamente en algunas direcciones que definimos en este momento y en otros que han de ser todavía determinados. La misma dificultad de llegar a las primeras realizaciones situacionistas es una prueba de la novedad del dominio en el que estamos penetrando. Lo que cambie nuestra manera de ver las calles es más importante que lo que cambie nuestra manera de ver la pintura. Nuestras hipótesis de trabajo serán reexaminadas en cada desorden futuro, venga de donde venga. " (Debord, 1957)

LA PRIMERA FASE DE LA IS: CONTRA EL ARTE Y AFINANDO LA POSICIÓN

La primera revista de la IS, comienza criticando la evolución del surrealismo ya que "la realidad que domina esta evolución es que, al no haberse hecho la revolución, todo lo que constituyó para el surrealismo un margen de libertad se ha visto recuperado y *utilizado* por el mundo represivo que los surrealistas habían combatido." (IS, #1, 1958). En las siguientes revistas se critica a los artistas de su tiempo ya que "En los creadores modernos se percibe por todas partes la huella de una conciencia traumatizada por el naufragio de la expresión como esfera autónoma, como fin absoluto" (IS, #3, 1959). Los situs, con esta frase, están criticando nada menos que el arte por el arte. Critican la visión del arte como "esfera autónoma", ya que ellos quieren tener una visión integral de los fenómenos, por tanto separar al arte de la vida cotidiana, es irrisorio. En ese sentido afirman que "el mundo de la expresión ha prescrito, sea cual sea su contenido" (IS, #3, 1959). De esta manera sellan cualquier pretensión artística como movimiento, porque entien-

den que su accionar va mucho más allá de intentar expresar el mundo en el arte, sino que llevar a la practica una nueva interpretación del mundo, lo cual no se puede lograr por métodos artísticos, sino solamente revolucionarios. Lo dejan bien claro en esta frase que lapida cualquier relación con el sentido formal que tenían las vanguardias artísticas anteriores: "La I.S. es la primera organización artística que se basa en la insuficiencia radical de todas las obras permitidas, y su significación, su éxito o su fracaso, no podrán juzgarse sino con la praxis revolucionaria de su tiempo." (IS, #4, 1960).

Con esto los situs ya están claros, el arte no se podrá realizar sin la revolución, ahora hay que preocuparse, entonces, antes que del arte, de la potencilidad de la revuelta y su teoría e historia revolucionaria.

SEGUNDA FASE: LA I.S. TOMANDO POSICIÓN

En su texto **Instrucciones para tomar las armas** los situs comienzan a darle forma a su teoría revolucionaria, en él se afirma que "la sociedad dominante ha sabido defenderse, en

todos los planos de la realidad, mucho mejor de lo que preveían los revolucionarios. No es que se haya vuelto más aceptable. Lo que pasa es que hay que reinventar la revolución, eso es todo." (IS, #6, 1961). A su vez comienzan a beber no solo de las corrientes artísticas más rupturistas como el dadaísmo o el surrealismo, sino de la teoría revolucionaria "De la tendencia a un reagrupamiento que manifiestan estos años diversas minorías del movimiento obrero en Europa, no podemos quedarnos más que con la corriente más radical, que actualmente se agrupa alrededor de la consigna de los Consejos Obreros" (IS, #6, 1961) Hay que recodar que los consejos obreros fueron la primicia del comunismo de consejos, corriente que criticó al leninismo y que reforzó ideas cercanas al anarquismo como la horizontalidad y la espontaneidad que debía tener todo movimiento revolucionario, siempre anclado en la célula básica que eran los consejos obreros, no los partidos o dirigentes (hay que dejar en claro eso sí, que aunque el comunismo de consejos se acercó en algunas primicias al anarquismo, las diferencias entre ambas teorías tenían agudas polémicas y diferencias).

Luego, en el mismo texto, los situs se mandan un párrafo que me parece notable "Los grupos que buscan crear una organización revolucionaria de un nuevo tipo encuentran su mayor dificultad a la hora de establecer relaciones humanas nuevas en el interior de una organización semejante. La presión omnipresente de la sociedad se ejerce contra este intento. Pero no podemos salir de la política especializada si no es con métodos que aún hay que experimentar. La reivindicación de la participación de todos vuelve a ser la necesidad sine qua non para la gestión de la organización, y posteriormente de la sociedad realmente nueva, en lugar de un deseo abstracto y moralizador. Si no son más que simples ejecutores de las decisiones de los amos del aparato, los militantes corren el peligro de verse reducidos al papel de espectadores de los que entre ellos están más cualificados para la política concebida como especialización, y de reconstruir al otro lado la relación de pasividad del viejo mundo. La participación y la creatividad de las personas dependen de un proyecto colectivo que concierne explícitamente a todos los aspectos de lo vivido. Es también el único

camino para "encolerizar al pueblo" haciendo aparecer el terrible contraste entre las posibles construcciones de la vida y su miseria actual. Sin la crítica de la vida cotidiana, la organización revolucionaria es un medio separado, así como convencional y finalmente pasivo, como esas ciudades de vacaciones que son el terreno especializado del ocio moderno" (IS, #6, 1961)

Este es el tipo de cosas que me gustaría mostrarles a mis amigos más marsocas y plataformistas. Seguramente responderán que son críticas posmodernas, entre otras cosas, pero se puede rebatir rápidamente argumentando que ¡fueron escritas en 1961! Cuando el posmodernismo no existía siquiera y además provienen de una organización revolucionaria, y no de meros intelectuales.

En otro texto titulado **Los malos tiempos pasaran** los situs, citando a revistas ligadas a un marxismo heterodoxo como Socialismo o Barbarie, hablan de las formas de rebeldía del proletariado en su tiempo y dicen que hay "trabajos muy documentados sobre la resistencia permanente de los obreros en el trabajo (contra toda la organización de este trabajo), sobre la despolitización y el despre-

cio del sindicalismo, convertido en mecanismo de integración de los trabajadores en la sociedad y en añadido instrumental al arsenal económico del capitalismo burocratizado." (IS, #7,1962).

En este mismo texto exponen lo que se podría llamar su filosofía de la historia, así como los movimientos revolucionarios y teorías que sirven para la construcción de su pensamiento. La filosofía de la historia del movimiento revolucionario de los situs se asienta en una inversión que afirma que los aparentes triunfos del movimiento son en realidad sus fracasos y viceversa, "Los éxitos aparentes de ese movimiento son sus fracasos fundamentales (el reformismo o la instalación en el poder de una burocracia estatal) y sus fracasos (la Comuna de París o la revolución de Asturias) son abiertamente sus éxitos hasta el momento, para nosotros y para el futuro. Habrá que delimitar con precisión este asunto con el tiempo. Podemos admitir que el movimiento obrero clásico comienza una veintena de años antes de que la Internacional se constituyese oficialmente, con la primera unión de grupos comunistas de diversos países

que Marx y sus amigos organizaban desde Bruselas en 1845. Y que está completamente acabado después del fracaso de la revolución española, es decir precisamente desde el día siguiente a las jornadas de mayo de 1937 en Barcelona. En estos límites temporales hay que reencontrar toda la verdad y volver a examinar todas las oposiciones entre los revolucionarios, las posibilidades descuidadas, sin dejarse ya impresionar por el hecho de que unos tuviesen razón frente a los otros o dominasen el movimiento, puesto que sabemos que no ganaron más que dentro de los límites de un fracaso global. El primer pensamiento por redescubrir es evidentemente el de Marx, lo que aún es fácil a la vista de la documentación existente y de la enormidad de las mentiras a propósito de él. Pero hay también que reconsiderar las posiciones anarquistas en la Primera Internacional, el blanquismo, el luxemburguismo, el movimiento de los Consejos en Alemania y en España, Kronstadt o los makhnovistas, etc., sin olvidar la influencia práctica de los socialistas utópicos. Todo esto, por supuesto, no debe hacerse con vistas a un eclecticismo universitario o erudito, sino únicamente

con el fin de servir para la formación de un nuevo movimiento revolucionario, del que percibimos en los últimos años tantos signos precursores y del que nosotros mismos somos un signo precursor. Este nuevo movimiento revolucionario será profundamente diferente. Debemos comprender estos signos mediante el estudio del movimiento revolucionario clásico, y recíprocamente. Hay que redescubrir la historia del propio movimiento de la historia, que se halla tan oculta y desviada." (IS, #7,1962).

De esta manera se pueden ver los referentes que utilizaran los situs, los cuales van desde movimientos comunistas hasta anarquistas, pero, aunque no eran marxistas, sí debemos decir que le dan una gran importancia a las ideas de Marx. Sin embargo, hay que tener claro que valorar las ideas de Marx no es lo mismo que ser marxista. Los situs no querían repetir acríticamente lo que dijo Marx (como muchos marxistas), sino utilizarlo para crear su propia teoría revolucionaria.

En relación a la comprensión de este movimiento revolucionario afirman "No hay otra fidelidad ni otra comprensión para la acción de nuestros camaradas del pasado que una

reinvención, al nivel más elevado, del problema de la revolución, que por otra parte ha sido arrancado de la esfera de las ideas para plantearse con mayor firmeza en los hechos. ¿Pero por qué parece tan difícil esta reinvención? No lo es tanto si se hace a partir de una experiencia de vida cotidiana libre (es decir, a partir de la búsqueda de la libertad en la vida cotidiana). Nos parece que la juventud experimenta hoy bastante concretamente esta cuestión. Y el hecho de experimentarla con suficiente exigencia permite también reclamar, salvar, reencontrar la *historia perdida*. Ni resulta tampoco difícil para el pensamiento cuyo papel es cuestionar todo lo existente. Basta con no haber *abandonado* la filosofía -como la casi totalidad de los filósofos-, ni el arte -como la casi totalidad de los artistas-, ni la contestación *de la realidad presente* -como la casi totalidad de los militantes-, pues estos problemas se encadenan hasta su propia superación" (IS, #7,1962).

De esta manera los situs demuestran su intención por crear su propia teoría revolucionaria, a través del estudio de las prácticas y pensamientos de diferentes movimientos emancipatorios en la historia. Es relevante

su espíritu por construir su propio pensamiento y la insistente necesidad de generar una reflexión autentica, algo que falta mucho hoy en día en donde se produce poco pensamiento crítico en relación a las nuevas formas de dominación y resistencia que existen en nuestros caóticos tiempos actuales. Sin embargo, al mismo tiempo, combatiendo contra cualquier pretensión intelectualizante, demuestran su desprecio por cualquier especialista "Solamente los especialistas, cuyo poder depende del de una sociedad de la especialización, han abandonado la verdad *crítica* de sus disciplinas para mantener el usufructo positivo de su *función*. Pero todas las investigaciones reales confluyen en una totalidad, y así también las personas reales van a reunirse para intentar una vez más salir de su prehistoria" (IS, #7,1962)

En este mismo texto de 1962 los situs demuestran la necesidad no solo de crear una teoría revolucinaria propia, sino que también se debe hacer énfasis en la construcción de nuevos deseos que trasciendan la felicidad burguesa que nos propone el modelo. Aunque se suele decir que fueron autores como Faucault, Delezze y Guatari

los que incorporaron el importante problema del deseo dentro de los análisis sociales, debemos hacer justicia y decir que los situacionistas ya tomaban este aspecto de la realidad como algo fundamental dentro de su teoría "El hábito es el proceso natural por el cual el deseo (cumplido, realizado) se degrada en necesidad, lo que significa también: se confirma, se objetiva y se hace reconocer universalmente como necesidad. Pero la economía actual está directamente empeñada en la producción de hábitos, y manipula a las personas sin deseos, expulsándolas de su deseo." (IS, #7,1962) Este párrafo prefigura la importancia de la construcción de deseos del modelo, incluso antes de la avalancha consumista de nuestros días. De alguna manera los situs ponen énfasis en el hecho de que mientras no sepamos (de)construir nuestros propios deseos y sigamos prisioneros de los que nos inculca el sistema difícilmente nos liberaremos.

CONTRA LA IDEOLOGÍA, LA TÉCNICA, EL TRABAJO Y LOS INTELECTUALES DEL ESPECTÁCULO

En este capítulo analizaremos dos textos de la IS, por un lado **Banalidades de base**, y por otro **Dominación de la naturaleza: ideologías y clases**. En ellos se dispara contra diversos aspectos del sistema como la fe ciega en la técnica y el progreso, la ideología, el trabajo asalariado y los intelectuales como organismos separados de la colectividad, y por tanto de la crítica radical.

A diferencia del antiguo movimiento anticapitalista anclado en el siglo XIX y reproducido durante el XX, el cual tiene una fe en el progreso técnico, los situs plantean la desconfianza a estas ideas, porque las entienden como el producto de un sistema histórico anclado en la dominación y las jerarquías.

"La acumulación de la producción y de capacidades técnicas cada día más elevadas es todavía más rápida de lo que previó el comunismo del siglo XIX. Y sin embargo, seguimos en el estadio de la historia superequipada. Un siglo de tentativas revolucionarias ha fracasado en la medida de que la

vida humana no es racional ni apasionada (el proyecto de una sociedad sin clases todavía no se ha realizado). Estamos inmersos en un acrecentamiento de los medios materiales que no tendrá fin, pero que sigue estando al servicio de intereses fundamentalmente estáticos, y por ello mismo de valores en los que la antigua muerte adquiere una notoriedad pública. El espíritu de los muertos lastra pesadamente la tecnología de los vivos. La planificación económica que reina por todas partes delira, y no tanto por su obsesión escolar de crecimiento organizado de los próximos años, sino más bien por la sangre podrida del pasado que sin mejor acompañante circula por sus venas, y que es repelida sin cesar hacia adelante a cada pulsión artificial de ese "corazón de un mundo sin corazón"". (IS, #8, 1963)

En el mismo sentido de desconfianza afirman que "la ciencia y la tecnología avanzan cada vez más rápidamente sin que se sepa hacia dónde" (IS, #8, 1963). Frente al sentido común que afirmaba que el proletariado se encontraba mejor que antes, en relación a la miseria material en que le aquejaba en el siglo XIX, afirman que "La satisfacción de

las necesidades elementales sigue siendo la mejor garantía de la alienación, lo que la disimula mejor al justificarla en base a una exigencia inatacable. La alienación permite innumerables necesidades porque no satisface ninguna. Hoy la insatisfacción se mide por el número de coches, frigoríficos, televisores: los objetos alienantes ya no tienen la astucia ni el misterio de la trascendencia, están ahí en su pobreza concreta. Hoy es rico el que posee mayor *número* de objetos pobres." (IS, #7/8, 1962/63). Y en el mismo sentido apoyan su análisis en "el nuevo proletariado que descubre su indigencia en la abundancia consumible" (IS, #7/8, 1962/63).

Estos planteamientos son relevantes porque los situs empiezan a resignificar los conceptos de pobreza y riqueza superando la definición clásica en relación a los criterios que los definían según la cantidad de bienes que tiene el individuo. Esto es relevante para nuestros días en donde muchas veces el sistema permite el acceso a bienes de consumo, incluso a las capas más desposeídas (a través del crédito, por ejemplo) pero a condición del sometimiento siempre a una vida miserable, en donde se nos ofrece

de todo, pero a la vez se nos niega cualquier participación en la construcción del mundo en que vivimos (más allá de la libertad de elegir entre tal o cual desodorante, entre tal o cual celular). En este sentido los situs definen al proletariado de la siguiente forma "De acuerdo con la realidad que se esboza actualmente, podría considerarse como proletarias a las personas que no tienen ninguna posibilidad de modificar el espacio-tiempo social que la sociedad les obliga a consumir (en los diversos grados de abundancia y de promoción permitidos). Son dirigentes quienes organizan este espacio-tiempo o disponen de un margen de elección personal (incluso, por ejemplo, si ello tiene lugar a través de la importante supervivencia de las antiguas formas de propiedad privada). Un movimiento revolucionario es aquí el que transforma radicalmente la organización de este espacio-tiempo y la manera en que, en lo sucesivo, se decidirá su reorganización permanente (y no un movimiento que solamente cambiara la forma jurídica de la propiedad o la extracción social de los dirigentes)." (IS, #8, 1963).

El ataque de los situs también se diri-

gió hacia una de las piedras angulares del modelo: el trabajo asalariado. Hoy en día mucha gente crítica al neoliberalismo, como si acabando con él nuestro mundo volvería a ser feliz, cuando la verdad el neoliberalismo es solo una fase del capitalismo, la cual no tiene más de 30 años. Antes también existía el capitalismo, la opresión y la dominación. De forma muy particular, en la época de los situs, aunque el neoliberalismo aún no aparecía, también vemos que existían personas que ansiaban la vuelta a un pasado supuestamente más humano, a ésto responden que estos grupos "acaban alimentando de manera más o menos inconsciente una especie de nostalgia por el trabajo bajo sus formas anteriores, por las relaciones realmente "humanas" que pudieron florecer en sociedades de otros tiempos e incluso en fases menos desarrolladas de la sociedad industrial. Ello está bien, desde el punto de vista que trata de alcanzar un rendimiento mejor de la producción existente, aboliendo en ella tanto el derroche como la inhumanidad que caracterizan la industria moderna (a este respecto cf. I.S. 6, p. 4). Sin embargo, estas concepciones abandonan el núcleo del proyecto revoluciona-

rio que no es otra cosa que la supresión del trabajo en el sentido corriente (del mismo modo que la supresión del proletariado), y de todas las justificaciones del trabajo antiguo." (IS, #8, 1963). Aquí se muestra como los situs más allá de criticar las manifestaciones superficiales y contingentes del capitalismo de su época buscaban criticar la medula del sistema, es decir el trabajo asalariado. Y otra pregunta radical salta a la vista "¿Qué partido ha puesto en su programa el fin del proletariado?" (IS, #7/8, 1962/63).

Otra crítica que se refuerza es a los intelectuales y cualquier especialista que concentra el conocimiento como algo separado de la totalidad. De esta manera se ríen de los intelectuales y especialistas que "Alienados por sus mutuas interferencias, conocen la totalidad de un sólo fragmento y toda realización del mismo se les escapa. ¿Qué control real pueden ejercer sobre un arma nuclear el técnico atómico, el estratega, el especialista político, etc.?" (IS, #7/8, 1962/63). Esta es la crítica que hacen a la sociedad del espectáculo en general, la cual atomiza el conocimiento y nos impide generar una visión integral del modelo para de esta manera

mantenernos alejados de los problemas de raíz, por eso "el poder obliga a cada uno a estar a favor o en contra de Brigitte Bardot, la nouveau roman, el Citröen 4 caballos, los spaghetti, el mezcal, la minifalda, la ONU, las antiguas humanidades, las nacionalizaciones, la guerra termo-nuclear y el auto-stop. A todos se les pregunta su opinión sobre todos los detalles para impedir que tengan una sobre la totalidad." (IS, #7/8, 1962/63). Y en este sentido los situs son claros al enunciar que sólo una crítica global y a la raíz puede generar un cambio verdadero, porque "Toda oposición radical no victoriosa o parcialmente victoriosa -lo que es lo mismo- se marchita poco a poco convirtiéndose en oposición reformista. Las oposiciones parciales son como los dientes de las ruedas, que engranan una en otra y hacen rodar la máquina del espectáculo, del poder." (IS, #7/8, 1962/63).

Esto es interesante porque nos llama la atención a nosotros/as que vivimos en un mundo en donde, aunque tímidamente aún, empiezan a surgir protestas y manifestaciones pero todas por problemas puntuales en un mundo hiper especializado. Más que nunca pareciera hacer falta una crítica global

a un sistema de dominación tan complejo y parcializado por partes. Sin embargo, más allá de su complejidad, los pilares básicos del modelo se mantienen: el trabajo asalariado, las jerarquías (entre clases, géneros, razas) y el predominio de la mercancía por sobre la vida.

Por otro lado, y por el afán de construir una teoría propia fuera de todo dogma, los situs empiezan a generar una crítica a las ideologías, entendidas éstas como la cristalización del pensamiento, es decir, del estancamiento de la reflexión, así "El pensamiento revolucionario se halla necesariamente del lado de la crítica inexorable de las ideologías, pero entiéndase bien, comprendiendo en ella la ideología especial de "la muerte de las ideologías""(IS, #8, 1963). Esta crítica va en contra de la ideología burguesa como de las supuestamente revolucionarias, por eso argumentan que "Desde el momento en que el marxismo se convierte en una ideología, la lucha que Marx persigue contra la ideología en nombre de la riqueza de la vida se transforma en una antiideología ideológica, un espectáculo del antiespectáculo" (IS, #7/8, 1962/63). Posteriormente esta crítica al marxismo se le realizará al anarquismo,

por considerársele también una ideología, es decir un pensamiento muerto, estancado, que defiende sus propios presupuestos más que una reflexión emancipada y sin ataduras.

Al papel de la ideología revolucionaria, los situs anteponen la teoría revolucionaria. Ambos conceptos no son sinónimos y reflejarían para los situs la diferencia entre un pensamiento estancado y uno en permanente dinamismo. En ese sentido establecen que "Consideramos que el papel de los teóricos, papel indispensable pero no dominante, consiste en aportar los elementos del conocimiento y los instrumentos conceptuales que pongan en evidencia -o evidencian con mayor claridad y coherencia- la crisis y los deseos latentes, tal como los viven las personas: o mejor dicho, el nuevo proletariado de esta "nueva pobreza" que es preciso nombrar y describir." (IS, #8, 1963). Y en ese sentido "El nuevo mundo que hace falta comprender es, a la vez, el de los poderes materiales que se multiplican sin empleo y el de los actos espontáneos de la contestación, que las personas viven sin perspectiva alguna." (IS, #8, 1963).

Resulta interesante este planteamiento,

ya que hoy en día falta teorizar las formas de resistencia que pululan por nuestro territorio, formas que no necesariamente se expresan de manera explícita, pero que sabemos que existen por las revueltas que se han generado en localidades como freirina o al calor de lo que llaman "movimiento estudiantil". Me parece que estas contestaciones relacionadas a la protesta son solo la expresión superficial de una rabia contenida que tenemos muchos individuos, y es la imagen más espectacular de una resistencia que quizás se está manifestando cotidianamente a través, por ejemplo, del desprecio al trabajo asalariado o la desconfianza creciente al aparato tecno-industrial (aunque cada vez hay más fascinación por las mercancías tecnológicas quizás también se está gestando un odio hacia estos aparatos que no parecen liberarnos, sino que apresarnos aún más a la forma de vida impuesta que nos ofrece un modelo que organiza nuestra existencia desde el exterior de nuestras acciones y pensamientos). Parece fundamental analizar cuáles son las contestaciones latentes y cotidianas que existen actualmente en nuestro territorio, para de esta manera potenciarlas.

En relación al trabajo de estos teóricos radicales que deben descubrir herramientas para la emancipación los situs expresan que "Los teóricos de la nueva contestación no podrían pactar con el poder o constituirse a sí mismos como poder separado, sin dejar de existir como tales en el mismo instante (serían otros, entonces, quienes representarían la teoría). Ello viene a decir que la intelligentsia revolucionaria no podrá realizar su proyecto más que suprimiéndose; que el "partido de la intelligentsia" sólo puede existir efectivamente en tanto que partido que se supera a sí mismo, un partido cuya victoria implica al mismo tiempo su disolución." (IS, #8, 1963). Esta frase contiene parte de la subjetividad de los situs, los cuales no quieren transformarse en una vanguardia como los antiguos partidos formados por una intelectualidad al mando de la revuelta, ellos entienden bien que en un proceso de revolución autentica su papel ya no será realmente necesario, ya que surgirán nuevos desafíos imprevistos que no podrán ser resueltos con la teoría de un grupo pequeño, sino fundamentalmente con la práctica de la clase proletaria en su conjunto. En este momento

los situs deberán auto-disolverse y no perpetuarse indefinidamente como los "intelectuales de la revolución" o algo parecido.

AFINANDO LA PUNTERÍA

En 1964 publican un texto con el nombre de **Ahora la I.S.** el cual es una especie de balance de la internacional. En él los situs clarifican y extreman su posición antagonista y afirman que "Todos los casos de investigaciones realmente modernas y no revolucionarias deben ser ahora contemplados y tratados como nuestro enemigo número uno. Contribuyen a reforzar todos los controles existentes." (IS, #9, 1964) de esta manera establecen que toda crítica parcial al modelo no es efectiva, sino que engrasa la estructura, y por tanto se constituye como un enemigo.

Sin embargo, afirman que el espectáculo puede utilizar todo a su favor, incluso el pensamiento situacionista, es por eso que afirman que "igual que el proletariado, no podemos pretender ser inexplotables en las condiciones actuales. Esto debe hacerse en todo caso con riesgos y peligros para

los explotadores. La I.S. se sitúa claramente como alternativa a la cultura dominante, y particularmente a sus formas llamadas de vanguardia. Los situacionistas estiman que tienen que heredar el arte muerto -o la reflexión filosófica separada, cuyo cadáver nadie, a pesar de los esfuerzos actuales, llegará a "reanimar"-, porque el *espectáculo* que *reemplaza* este arte y este pensamiento es el heredero de la *religión*. Y como lo fue la "crítica de la religión" (crítica que la izquierda actual abandonó al mismo tiempo que todo pensamiento y toda acción), la crítica del espectáculo es hoy la condición primera de toda crítica." (IS, #9, 1964).

Frente a los cuestionamientos de diversos grupos de su época que decían que la IS era demasiada teoría y poca práctica ellos responden que "Aún se osa oponer a nuestras teorías la exigencia de la práctica, y los que hablan de ello, a ese nivel de delirio metodológico, se han revelado abundantemente incapaces de lograr la práctica más nimia. Cuando la teoría revolucionaria reaparece en nuestra época y sólo puede contar consigo misma para difundirse *en una práctica nueva*, nos parece que hay ya una base prác-

tica importante. Esta teoría se encuentra, al principio, en el marco de la nueva ignorancia diplomada que difunde la sociedad actual, mucho más radicalmente separada de las masas que en el siglo XIX. Nosotros compartiremos normalmente su aislamiento, sus riesgos, su suerte." (IS, #9, 1964).

Otra cuestión que me parece profundamente interesante es un párrafo que demuestra la claridad de la IS y la imposibilidad de penetración de elementos militantes que la tergiversaran (quizás por eso el proyecto de la internacional duró tantos años aumentando la coherencia de su crítica), lo dejan bien claro al decir que "Para venir a hablarnos conviene no estar comprometido y saber que, aunque podamos equivocarnos momentáneamente con respecto a muchos detalles, no admitiremos jamás habernos equivocado en el juicio *negativo* de las personas. Nuestros criterios cualitativos son demasiado seguros como para que nos permitamos discutirlos. Es inútil por tanto aproximarse a nosotros si no se está de acuerdo teórica y prácticamente con nuestra condena de personalidades y corrientes contemporáneas" (IS, #9, 1964). Es súper interesante esto porque demuestra el

cuidado que tienen los situs en relación a la coherencia entre medios y fines, algo que ha caracterizado al anarquismo. Los situs lograron tal claridad teórico/practica al punto de que era imposible acercarse a ellos si no se compartía la crítica radical a la sociedad del espectáculo, así como si esto no se practicaba en la vida cotidiana, los individuos que coincidían con esto (tan comunes en la "fauna revolucionaria") no eran aceptados en la internacional.

En relación a la vinculación entre teoría y práctica afirman que "Tenemos que organizar un encuentro coherente entre elementos de crítica y de negación esparcidos por el mundo como hechos y como ideas, entre esos elementos llegados a la conciencia y toda la vida sus portadores, y finalmente entre las personas o los primeros grupos que, aquí y allá, emergen a este nivel de conocimiento intelectual, de contestación práctica. La coordinación de estas investigaciones y de estas luchas en el plano práctico (una nueva unión internacional) es en este momento inseparable de la coordinación en el plano teórico" (IS, #9, 1964).

En 1966 los situacionistas en conjunto con

un grupo político estudiantil de la universidad de strasburgo denominado Enrages publican un texto que sería uno de los más conocidos de la internacional y que tiene por nombre Sobre la miseria de la vida estudiantil considerada bajo sus aspectos económico, político, psicológico, sexual e intelectual. En él se hace una crítica al medio estudiantil en general, al cual se le considera como parte integral del modelo de dominación, ya que el estudiante tiene un "papel provisional que lo prepara para el papel definitivo que asumirá, como elemento positivo y conservador, en el funcionamiento del sistema mercantil." (IS y Enragés, 1966) la universidad no es más que una iniciación en este proceso.

En este texto también se describen las condiciones muchas veces paupérrimas que tenían que vivir los estudiantes, en medio de una vida agotadora y pobre, en donde muchas veces eran despreciados por la sociedad, sin embargo los situacionistas dejan claro que "las razones en que se basa nuestro desprecio por el estudiante son de otro tipo. Estas no conciernen solamente a su miseria real sino a su complacencia hacia todas las miserias, su propensión enfermiza

a consumir devotamente la alienación, con la esperanza, ante la falta de interés general, de satisfacer su carencia particular" (IS y Enragés, 1966)

Con más fuerza arremeten describiendo al estudiante como "Esclavo estoico, el estudiante se cree tanto más libre cuanto más lo ligan las cadenas de la autoridad. Al igual que su nueva familia, la Universidad, se tiene por el ser social más "autónomo" mientras que representa, *directa y conjun*tamente los dos sistemas más poderosos de la autoridad social: la familia y el Estado. Él es su hijo sometido y agradecido. Siguiendo la misma lógica del *hijo sumiso,* participa de todos los valores y mitificaciones del sistema, y los concreta en sí mismo. Lo que eran ilusiones impuestas a los empleados, se convierte en ideología interiorizada y conducida por la masa de futuros pequeños cuadros." (IS y Enragés, 1966)

Pero no sólo se lanzan contra los estudiantes, sino también contra la figura del clásico *profe progre* que suele emerger en toda institución universitaria "De ahí el ridículo de los profesores nostálgicos, amargados por haber perdido su antigua función de

perros guardianes de los futuros amos por esa otra, mucho menos noble, de perros de pastor, siguiendo las necesidades planificadas del sistema económico, guiando las hornadas de "cuellos blancos" hacia sus fábricas y oficinas respectivas. Son ellos quienes oponen sus arcaísmos a la tecnocratización de la Universidad y continúan suministrando imperturbablemente las sobras de una cultura llamada general a futuros especialistas que no sabrán que hacer con ella." (IS y Enragés, 1966)

Estas críticas creo que son relevantes en la actualidad cuando el llamado movimiento estudiantil está bastante vacio de reflexiones profundas más allá de la petición por educación gratuita. La constatación de la universidad y los universitarios como entes reproductores del modelo de dominación es fundamental para entender que la tarea del movimiento no está solo en exigirle al estado un nuevo trato, sino en el hecho de empezar a exigirse como colectividad la construcción de una nueva subjetividad. Proceso que genere un cuestionamiento profundo a la actual lógica que existe dentro de lo que llamamos educación, más que la discusión

simplista y técnica relacionada con la pregunta de quién es el que administra y gestiona la dominación ¿los privados o el estado?

Este texto de los situacionistas sobre "la miseria estudiantil", está dividido en tres partes. La primera, relacionada con el mundo estudiantil de la época es la más conocida y difundida, sin embargo lo realmente interesante está en los capítulos posteriores que contienen la condensación teórica del trabajo que vienen desarrollando los situs en todos estos años, casi 10 desde su creación como organización. El capítulo tercero titulado **Crear la situación que haga imposible todo retroceso** es un verdadero manifiesto sobre sus posiciones dentro de la lucha y la teoría revolucionaria. En él se desplazan definitivamente desde sus críticas al arte hacia una crítica unitaria al sistema de dominación y sus falsos críticos a través de una revisión histórica de la lucha revolucionaria hasta su época.

Comienzan con su sello, el cual hace énfasis en la crítica global, por sobre las parcializaciones, "En la actualidad, la crítica radical del mundo moderno debe tener por objeto y objetivo la *totalidad*" (IS y Enragés, 1966). Posteriormente explicitan su análisis histó-

rico de la lucha revolucionaria afirmando que ""Este movimiento contra el conjunto de la organización del viejo mundo, hace mucho tiempo que ha acabado" y ha *fracasado*. Su última manifestación histórica fue la derrota de la revolución proletaria en España (en Barcelona en mayo de 1937). Sin embargo, tanto sus "fracasos" oficiales como sus "victorias" también oficiales, deben ser juzgados a la luz de sus prolongaciones y sus verdaderos restablecimientos. De este modo, podemos afirmar que "hay derrotas que son victorias y victorias más vergonzosas que derrotas" (Karl Liebknecht en la víspera de su asesinato). La primera gran "derrota" del poder proletario, la Comuna de París, es en realidad su primera gran *victoria,* puesto que, por primera vez, el proletariado primitivo afirma su capacidad histórica para dirigir de un modo *libre* todos los aspectos de la vida social. Asimismo, su primera gran "victoria", la revolución bolchevique, en definitiva no es más que la derrota de más graves consecuencias. El triunfo del orden bolchevique coincide con el movimiento de contrarevolución internacional que empieza con el aniquilamiento de los espartaquistas por la

socialdemocracia alemana. Su triunfo común era más profundo que su aparente oposición y, en definitiva, este orden bolchevique no era más que un nuevo disfraz y un rostro particular del antiguo orden. Los resultados de la contra-revolución rusa fueron, en el interior, el establecimiento y desarrollo de un nuevo modo de explotación, el *capitalismo burocrdtico de Estado* y, en el exterior, la multiplicación de secciones de la Internacional llamada comunista, sucursales destinadas a defenderlo y difundir su modelo. El capitalismo, bajo sus diferentes variantes burocráticas y burguesas, florecía de nuevo sobre los cadáveres de los marinos de Kronstadt, los campesinos de Ucrania, los obreros de Berlín, Kiel, Turín, Shanghai, y, más tarde, Barcelona." (IS y Enragés, 1966).

Luego desenfundan sus armas contra el izquierdismo reformista "En el seno de este mundo, organizaciones pretendidamente revolucionarias no hacen más que combatirlo en apariencia, sobre su propio terreno, a través de las mayores mitificaciones. Todas ellas reivindican *ideologías* más o menos petrificadas, y, en definitiva, no hacen más que participar en la consolidación del orden

dominante. Los sindicatos y partidos políticos forjados por la clase obrera para su propia emancipación se han convertido en simples reguladores del sistema, propiedad privada de dirigentes que trabajan para su emancipación particular y encuentran un estatuto en la clase dirigente de una sociedad que nunca piensan poner en cuestión. El programa real de estos sindicatos y partidos no hace más que tomar de nuevo llanamente la fraseología "revolucionaria" y aplicarle las consignas del *reformismo* más edulcorado, puesto que el mismo capitalismo se hace oficialmente reformista." (IS y Enragés, 1966). Esta frase nos trae a la memoria nuestra situación actual en donde vemos una restructuración del aparato estatal chileno, el cual está aceptando que grupos históricamente marginados como el partido comunista se integren al gobierno, así como permite que grupos progresistas empiecen a jugar en el campo electoral. Para los situs ellos son "el complemento estático y necesario para la auto-regulación del Capitalismo burocratizado; la contradicción indispensable para el mantenimiento de su humanismo policíaco." (IS y Enragés, 1966). Y en el mismo sentido

agregan que " El pseudo-socialismo burocrático no es más que el mayor de los disfraces del viejo mundo jerárquico del trabajo alienado". En todo esto, el sindicalismo estudiantil es únicamente la caricatura de una caricatura, la repetición burlesca e inútil de un sindicalismo degenerado." (IS y Enragés, 1966).

Pero las críticas no solo apuntan al izquierdismo y las posturas estalinistas, maoístas o leninistas, sino que también hacia los anarquistas afirmando que "En cuanto a los diversos grupúsculos "anarquistas", todos ellos prisioneros de esta denominación, no poseen otra cosa que esta ideología reducida a una simple etiqueta. El increíble "Monde Libertaire", evidentemente redactado por *estudiantes,* alcanza el grado más fantástico de confusión y estupidez.Esas gentes *lo toleran efectivamente todo,* puesto que se toleran unos a otros." (IS y Enragés, 1966).

Por considerar la crítica anarquista como parcializada e ideologizada, los situs los condenan por su comodidad dentro de sus guetos que reproducen las mismas premisas sin un cuestionamiento realmente transgresor. Acusan a los anarquistas de no poder reinventarse a la altura del tiempo histórico

que les toca vivir. La aversión que tienen los situs a cualquier pensamiento estancado, a cualquier ideología establecida como fin en sí mismo, los separa de los anarquistas.

Los situs quieren luchar contra toda ideología para (re)crear la teoría revolucionaria, y en ese sentido afirman que "Las desmitificaciones prácticas del movimiento histórico liberan la conciencia revolucionaria de los fantasmas que la obsesionaban; la revolución de la vida cotidiana se encuentra cara a cara con las inmensas tareas que debe realizar. La revolución, asi como la vida que anuncia, hay que reinventarlas. Si el proyecto revolucionario sigue siendo fundamentalmente el mismo: la abolición de la sociedad de clases, es que en ninguna parte han sido radicalmente transformadas las condiciones en que se forman las clases. Se trata de volver a iniciar la lucha con un radicalismo y una coherencia acrecentados por la experiencia del fracaso de sus antiguos protagonistas, a fin de evitar que su realización fragmentaria entrañe una nueva división de la sociedad." (IS y Enragés, 1966).

Y también vuelven a establecer su primicia de que la revolución solo podrá ser hecha

por los consejos obreros, su proyecto esencial es "la *realización internacional del poder absoluto de los Consejos Obreros,* tal como ha sido esbozado por la experiencia de las revoluciones proletarias de este siglo. Una organización así debe realizar antes la crítica radical de todo lo que supone la base de la sociedad que combate, a saber: la producción mercantil, la *ideología* bajo todos sus disfraces, el Estado y las disidencias que impone." (IS y Enragés, 1966). Sin embargo dejan claro que "No es suficiente estar por el poder abstracto de los Consejos Obreros, sino que hay que demostrar su significado concreto: la supresión de la producción mercantil y por consiguiente del proletariado. La *lógica de la mercancía* es la racionalidad primera y última de las sociedades actuales, es la base de la auto-regulación totalitaria de estas sociedades comparables a puzzles cuyas piezas, tan desiguales en apariencia, de hecho son equivalentes. La reificación mercantil es el obstáculo *esencial* para una emancipación total, para la construcción libre de la vida. En el mundo de la producción mercantil, la praxis no se persigue en función de un fin determinado, de forma autónoma, sino bajo

las directrices de potencias exteriores. Y si las leyes económicas parecen convertirse en leyes naturales de una clase particular, es que su poder reposa *únicamente* en "la ausencia de conciencia de los que toman parte en ello"."(IS y Enragés, 1966).

Otro punto que se toca es la permanente obseción de los situs por consiliar teoría y práctica, considerando que "La escisión entre teoría y práctica ha sido la roca contra la que se ha estrellado el viejo movimiento revolucionario. Solamente los mayores momentos de lucha proletaria han superado esta escisión para encontrar su *verdad*. Ninguna organización se ha *saltado* todavía ese Rodas. La *ideología,* tan "revolucionaria" como pueda ser, está siempre al servicio de los amos, es la *señal de alarma* que designa al enemigo camuflado. Por ello, la crítica de la ideología debe ser en último término, el problema central de la organización revolucionaria." (IS y Enragés, 1966).

En esta lucha contra la ideología disparan certeramente contra el leninismo, "la organización revolucionaria que proyecta realizar el poder absoluto de los Consejos Obreros, debe ser el medio donde se esbocen todos

los aspectos positivos de ese poder. Debe también llevar a cabo una lucha a muerte contra la teoría leninista de la organización. La revolución de 1905 y la organización espontánea de los trabajadores rusos en Soviets era ya una crítica de obra de esta nefasta teoría. Pero el movimiento bolchevique persistía en creer que la espontaneidad obrera no podía superar la conciencia "trade-unionista", y era incapaz de comprender "la totalidad". Lo que lleva a decapitar al proletariado para permitir al partido tomar la "cabeza" de la Revolución. No se puede negar, tan despiadadamente como lo ha hecho Lenin, la capacidad histórica del proletariado de emanciparse por sí mismo, sin negar su capacidad de dirigir totalmente la sociedad futura. En una perspectiva similar, el slogan "todo el poder a los Soviets" no significaba nada más que la conquista de los Soviets por el Partido, la instauración del Estado del partido, en vez del "Estado" debilitado del proletariado en armas. Sin embargo es este slogan el que hay que asumir de nuevo radicalmente, liberándolo de las intenciones ocultas bolcheviques. El proletariado no puede consagrarse al *juego* de la revolución más que para

ganar *todo* un mundo, de otro modo no es nada. La forma única de su poder, la *autogestión generalizada,* no puede ser compartida con ninguna otra fuerza. Puesto que es la disolución efectiva de todos los poderes, no podría tolerar ninguna limitación (geográfica o de otro tipo); los compromisos que acepta se transforman inmediatamente en acciones de compromiso, en renuncia. "La autogestión debe ser a la vez el medio y la finalidad de la lucha actual. No es solamente el riesgo de la lucha sino su forma adecuada. Es para sí misma la materia que trabaja y su propia presuposición". La crítica unitaria del mundo es la garantía de la coherencia y de la verdad de la organización revolucionaria. Tolerar la existencia de sistemas de opresión (por ejemplo porque contienen la herencia "revolucionaria") en un punto de la tierra, es reconocer la legitimidad de la opresión. Igualmente, si se tolera la alienación en un terreno de la vida social, se reconoce la fatalidad de todas las reificaciones" (IS y Enragés, 1966).

Hay que dejar en claro, además, que los situs logran superar de forma especialmente coherente el problema de la autogestión.

Lejos de considerarla la mera toma de posesión colectiva de los medios de producción, la entienden como la capacidad de autogestionar la vida social en su conjunto. Hoy en día, esta critica es sumamente necesaria, ya que nos encontramos con un aparato tecno-industrial extremadamente destructor de nuestros territorios, los cuales son el piso básico para mantener la vida de nuestras comunidades. ¿Realmente solucionaremos el problema de la revolución autogestionando la enorme maquinaria asesina que son las forestales, termoeléctricas, mega-mineras, fabricas de producción de carne, etc? En este sentido los situs dicen lo siguiente "El principio de la producción mercantil es la pérdida de sí mismo en la creación caótica e inconsciente de un mundo que escapa totalmente a sus creadores. El núcleo radicalmente revolucionario de la autogestión generalizada es, por el contrario, la dirección consciente por parte de todos, del conjunto de la vida. La autogestión de la alienación mercantil haría de todos los hombres los programadores de su propia supervivencia: es la cuadratura del círculo. La tarea de los Consejos Obreros no será pues la autogestión del mundo

existente sino su transformación cualitativa ininterrumpida: la superación concreta de la mercancía (en tanto que gigantesca desviación de la producción del hombre por sí mismo). Esta superación implica, naturalmente, la supresión del *trabajo* y su sustitución por un nuevo tipo de actividad libre, por consiguiente, la abolición de una de las divisiones fundamentales de la sociedad moderna, entre un trabajo cada vez más reificado y el tiempo libre consumido pasivamente. Grupúsculos hoy en disgregación como S.B. o P.O. pero reunidos en torno a la moderna consigna de "poder obrero", continúan sobre ese punto central siguiendo el viejo movimiento obrero en la vía del reformismo del trabajo y de su "humanización". Es al trabajo mismo a quien hoy hay que atacar. Lejos de ser una "utopía", su supresión es la primera condición de la superación efectiva de la sociedad mercantil, de la abolición -en la vida cotidiana de cada uno- de la separación entre el "tiempo libre" y el "tiempo de trabajo", sectores complementarios de una vida alienada, donde se proyecta indefinidamente la contradicción interna de la mercancía, entre valor de uso y valor de cambio y solamen-

te más allá de esta oposición es donde los hombres podrán hacer de su actividad vital un objeto de su voluntad y de su conciencia, y contemplarse a sí mismos en un mundo que ellos han creado." (IS y Enragés, 1966).

Creo que es lucida su visión, ya que entiende que no basta con autogestionar las maquinas del capital, sino que es necesario un cambio de subjetividad radical en contra del trabajo y la producción incesante de mercancías. Un nuevo mundo, uno realmente emancipado, no repartirá equitativamente las mercancías, sino que eliminara esa condición de la faz de la tierra, porque ahora las cosas y las personas no estarán sujetos a la dictadura del valor, y por tanto dejarán de ser una mercancía. Los situs no solo buscan cambiar la propiedad de los medios de producción, sino el sentido profundo de estos medios, ya no al servicio de la producción, sino de la creatividad humana.

Es por eso que para el movimiento proletario "Transformar el mundo y cambiar la vida son para él una sola y única cosa, el santo y seña inseparable que acompañará su supresión en tanto que clase, la disolución de la sociedad presente en tanto que

reino de la necesidad, y finalmente la ascensión posible al reino de la libertad. La crítica radical y la reconstrucción libre de todas las conductas y valores impuestos por la realidad alienada son su programa máximo, y la creatividad liberada en la construcción de todos los momentos y acontecimientos de la vida es la única poesía que podrá reconocer, la poesía hecha por todos, el comienzo de la fiesta revolucionaria. Las revoluciones proletarias serán *fiestas* o no serán, pues la misma vida que anuncian será creada bajo el signo de la fiesta. El *juego* es la racionalidad última de esta fiesta, vivir sin tiempo muerto y disfrutar sin trabas son las únicas reglas que podrá reconocer." (IS y Enragés, 1966).

Quizás uno de los aportes más trascendentales de los situacionistas es su capacidad de construir su propia teoría revolucionaria, a través de una batalla dada en el campo del lenguaje, en virtud de formar subjetividades y palabras nuevas que reflejen la desobediencia que traían los tiempos venideros. Esta necesidad por construir un lenguaje propio se ve en toda su obra, pero se explicita como una tarea fundamental en un texto que recomiendo absolutamente publicado el

mismo año que el texto que anteriormente estábamos analizando, fue reproducido en la revista de la IS y lleva por nombre **Las palabras cautivas, prefacio para un diccionario situacionista.**

Para los situs "El *lenguaje es la morada del poder*, el refugio de su violencia policial. Todo diálogo con el poder es violencia, sufrida o provocada. Cuando el poder economiza el uso de sus armas, es al lenguaje a quien confía la responsabilidad de mantener el orden opresor. Más aún, la conjugación de ambos es la expresión más natural de todo poder." (IS, #10, 1966) Es por eso que afirman "Toda la crítica del viejo mundo se ha hecho con el lenguaje de ese mundo y sin embargo contra él, y por lo tanto en un lenguaje otro. Toda teoría revolucionaria ha tenido que inventar sus propias palabras, destruir el sentido dominante de otras y aportar nuevas situaciones al "mundo de las significaciones" que correspondan a la nueva realidad en gestación y que hay que liberar del revoltijo dominante. Las mismas razones que impiden a nuestros adversarios (los amos del Diccionario) fijar el lenguaje, nos permiten hoy afirmar otras posiciones negadoras del

sentido existente. Sabemos sin embargo de antemano que esas razones no nos permiten aspirar en absoluto a una certidumbre definitivamente legislada. Una definición está siempre abierta, nunca es definitiva. Las nuestras valen históricamente, para un período determinado ligado a una praxis histórica precisa." (IS, #10, 1966).

De esta manera los situs dejan clara su intención por (re)inventar el lenguaje para crear una teoría revolucionaria, pero siendo claros en establecer que en la construcción de esta teoría, no se pueden cristalizar sus sentidos transformándola en dogma o ideología, porque "La nueva teoría revolucionaria no puede avanzar sin una redefinición de los principales conceptos que la sostienen" (IS, #10, 1966).

Evidentemente este nuevo lenguaje no está dado, ni se tiene que descubrir, sino que construir en base a las palabras que nos ha heredado el viejo mundo, respecto a esto los situs proponen que "La crítica del lenguaje dominante, su desvío, va a convertirse en la práctica permanente de la teoría revolucionaria. Ya que todo sentido nuevo es llamado *contrasentido* por las *autoridades*, los situacionistas van a instaurar la legitimidad

del contrasentido y a denunciar la impostura del sentido establecido y dado por el poder. Ya que el diccionario es el guardián del sentido existente, nos proponemos destruirlo sistemáticamente. La *sustitución* del diccionario, del amo del hablar (y del pensar) del lenguaje heredado y domesticado, encontrará su expresión adecuada en la disolución revolucionaria del lenguaje, en el desvío ampliamente practicado por Marx, sistematizado por Lautréamont y que la I.S. pone a disposición de todo el mundo." (IS, #10, 1966).

Ponen un ejemplo en relación al pensamiento de Marx, el cual dejaría pasmado a cualquier marxista falto de imaginación " Para salvar el pensamiento de Marx hay siempre que precisarlo, que corregirlo, que reformularlo a la luz de cien años de fortalecimiento de la alienación y de las posibilidades de su negación. Marx tiene que ser desviado por quienes siguen esta línea histórica, y no citado de forma imbécil por mil variedades de recuperadores." (IS, #10, 1966).

Sin embargo, los situs prenden las alarmas y nos advierten que nuestros logros en cualquier momento pueden ser recuperados por el modelo, vaciados de su sentido

y ejecutados en nuestra contra, porque "Las palabras forjadas por la crítica revolucionaria son como las armas de los partisanos abandonadas en el campo de batalla: pasan a la contra-revolución; y como los prisioneros de guerra, son sometidas a trabajos forzados. Nuestros enemigos inmediatos son los portadores de esa falsa crítica, sus funcionarios oficiales. El divorcio entre la teoría y la práctica proporciona la base central de la recuperación, de la petrificación de la teoría revolucionaria en ideología que transforma las exigencias prácticas reales (cuyos indicios de realización existen ya en la sociedad actual) en sistemas de ideas, en exigencias de la razón. Las ideologías de todo tipo, perros guardianes del espectáculo dominante, son las ejecutoras de esta tarea. Los conceptos más corrosivos son entonces vaciados de su contenido, reenviados a la circulación al servicio de la alienación conservada" (IS, #10, 1966).

Para evitar esta recuperación los situs recalcan que debe cuidarse la relación entre teoría y práctica, porque cuando estas se desconjugan el peligro acecha, en ese sentido recalcan que "Rechazamos *toda autori-*

dad, lingüística o de otro tipo; sólo la vida real *autoriza* un sentido, y sólo la praxis lo verifica. La disputa sobre la realidad o la no-realidad del sentido de una palabra aislada de la práctica es una cuestión puramente escolástica." (IS, #10, 1966).

Y en un ejercicio de golpear el dogmatismo y los tabues dentro del movimiento revolucionario que cae en los cliches de utilizar de la misma forma las mismas palabras, y se resiste a utilizar otras, los situs dejan claro que " Todas las palabras, servidoras como son del poder, guardan con éste la misma relación que el proletariado, y como él son instrumentos y agentes de la futura liberación. ¡Pobre Revel! No hay palabras prohibidas. En el lenguaje, como sucederá en todo lo demás, *todo está permitido*. Prohibirse el empleo de una palabra es renunciar al empleo de un arma utilizada por nuestros adversarios." (IS, #10, 1966).

Esta reflexión me parece relevante hoy en día cuando se hace urgente re-significar el periodo histórico que presenciamos, en donde nuestras ideologías se quedan pequeñas para explicar los fenómenos que nos rodean y describir las nuevas contestaciones

que se están formando contra el modelo.

Para terminar declaran "También podemos determinar las distintas posiciones de las palabras en la guerra social. Si el problema de la ideología es saber cómo descender del cielo de las ideas al mundo real, nuestro diccionario será una contribución a la elaboración de la nueva teoría revolucionaria, donde el problema es saber cómo pasar del lenguaje a la vida. La apropiación real de las palabras que trabajan no puede realizarse al margen de la apropiación del trabajo mismo. El establecimiento de la actividad creadora liberada será, al mismo tiempo, el establecimiento de la verdadera comunicación finalmente liberada, y la transparencia de las relaciones humanas reemplazará a la pobreza de las palabras con el antiguo régimen de la opacidad. Las palabras no dejarán de *trabajar* hasta que los hombres no hayan dejado de hacerlo." (IS, #10, 1966).

En un ejercicio de síntesis y aprovechando la coherencia que estaban adquiriendo sus planteamientos los situs publican un texto a 10 años de su creación como organización, este lleva el nombre de **Definición minima de las organizaciones revolucionarias**, en

este texto muy cortito y que cualquiera puede leer rápidamente (lo recomiendo, jeje), se recalca nuevamente la necesidad de una crítica global contra el modelo más allá de las críticas parcializadas, de este modo para los situs la organización revolucionaria "presenta una crítica unitaria del mundo o no es nada. Por crítica unitaria entendemos una crítica dirigida globalmente contra todas las zonas geográficas donde se han instalado diversas formas de poderes socioeconómicos separados, y que se pronuncie también globalmente contra todos los aspectos de la vida." (IS, #11, 1967) Y también "reconoce el comienzo y el fin de su programa en la descolonización total de la vida cotidiana; no pretende la autogestión del *mundo existente* por las masas, sino su transformación ininterrumpida. Realiza la crítica radical de la economía política, la superación de la mercancía y del salario" (IS, #11, 1967).

En el mismo año de publicación de este escrito, Guy Debord, uno de los fundadores de la internacional publicaría un texto con amplias repercusiones **La sociedad del espectáculo**. Solo un año después estallarían las revueltas en Francia, en donde los

situs tendrían una importante labor. De este acontecimiento histórico es precisamente de lo que trata el texto que ediciones crimental publica a continuación: **El Retorno de la Columna de Durruti**. En él se habla de las características de este periodo, así como la influencia de los situs en el mismo. Pero también es un texto que surge en un periodo de crisis profunda dentro de la IS, la cual mostraba sus primeros signos de descomposición.

El texto presentado a continuación es interesante porque nos entrega una mirada del Mayo Francés del 68, hecho histórico muy mencionado, pero en general poco conocido, y también hiper-mistificado. Evidentemente no encontraremos aquí una mirada objetiva, pero sí una de las miradas más agudas de la época, y además de personas que participaron activamente en los acontecimientos y revueltas de Mayo.

El resto lo tendrán que leer ustedes mismos, de la propia pluma de la internacional, expresada a través de un lenguaje singular, quizás de los más particulares que encontramos dentro de la teoría revolucionaria. Sin duda un ejercicio necesario para

ir construyendo nuestra propia teoría revolucionaria en la actualidad. Evidentemente anclada en nuestra práctica cotidiana, pero también en las reflexiones que tuvieron todos aquellos que en el pasado intentaron sinceramente despojarse de cualquier atisbo de poder y opresión.

Por último quiero recalcar que cualquiera puede revisar los textos de la IS en la web, ya que en su página hay gran cantidad traducido al castellano, debo advertir que muchos adolecen de una complejidad considerable, pero otros son sencillos si se tienen en consideración los planteamientos básicos de la internacional (que espero haber esbozado en este texto). También existen otros materiales interesantes circulando en la web. Una película titulada ¿Puede la dialéctica romper ladrillos? es un buen ejemplo de las ideas situacionistas, las cuales están expresadas en esta película que utiliza una de las técnicas situacionistas del desvío en una película de artes marciales chinas de bajo presupuesto, la cual fue modificada por el situacionista Rene Vienet. También hay una canción escrita por Raoul Vanageim titulada La Vie S'ecoule La Vie S'enfuit que en su letra denota

muchas de las ideas situacionistas, en youtube está traducida al castellano. Por último hay unos audios del anarquista español Miguel Amorós en donde explica las características fundamentales de la Internacional Situacionista.

Finamente decir que es importante rescatar los aportes del pensamiento situacionista, pero sin repetir acríticamente sus presupuestos, ya que al hacer esto estaríamos transformando su pensamiento en una ideología, situación que cualquier situacionista hubiera considerado como un acto estúpido e inútil.

Bueno, ahora cada uno a sacar sus propias conclusiones. Y que la revuelta en nuestra vida sea más que una maldita teoría.

Invierno de 2014, en algún lugar del Bio-Bío, Región chilena, Abya Yala, Planeta Tierra.

Magni.

BIBLIOGRAFÍA:*

Guy Debord (1957) **Informe sobre la construcción de situaciones y sobre las condiciones de la organización y la acción de la tendencia situacionista internacional**

Internacional situacionista (1958) **Amarga victoria del surrealismo**, numero 1

Internacional situacionista (1959) **El sentido del deterioro del arte**, numero 3

Internacional situacionista (1960) **Sobre el empleo del tiempo libre**, numero 4

Internacional situacionista (1961) **Instrucciones para tomar las armas,** numero 6

Internacional situacionista (1962) **Los malos días pasarán**, numero 7

Internacional situacionista (1962/1963) **Banalidades de Base,** numero 7 y 8

Internacional situacionista (1963) **Dominación y naturaleza: ideologías y clases**, numero 8

Internacional situacionista (1964) **Ahora,** la I.S., numero 9

Internacional situacionista (1966) **Las palabras cautivas**, numero 10

Internacional situacionistas y Enrages (1966) **Sobre la miseria de la vida estudiantil considerada bajo sus aspectos económico, político, psicológico, sexual e intelectual**

Internacional situacionista (1967) **Definición mínima de las organizaciones revolucionarias**, numero 11

*Todos los textos fueron extraídos de http://www.sindominio.net/ash

EL RETORNO DE LA COLUMNA DURRUTI

"- ¿Qué es eso de lo que te ocupas exactamente?

– De la "Reificación".

– Ya veo, es un trabajo muy serio, con grandes libros y un montón de papeles en una gran mesa...

– No, paseo.... principalmente...paseo."

EL COMIENZO DE UNA EPOCA

"¿Viviremos lo bastante para ver una revolución política? ¿Nosotros, los contemporáneos de estos alemanes? Amigo mío, usted cree lo que quiere creer", escribió Arnold Ruge a Marx en marzo de 1844, y cuatro años más tarde esa revolución estaba allí. Como ejemplo divertido de una inconsciencia histórica que, mantenida siempre por causas similares, produce intemporalmente los mismos efectos, la desafortunada frase de Ruge fue citada en el epígrafe de La sociedad del espectáculo, que apareció en diciembre de 1967, y seis meses después sobrevino el movimiento de las ocupaciones, el mayor momento revolucionario que haya conocido Francia desde la Comuna de París.

La mayor huelga general que haya paralizado nunca la economía de un país industrial avanzado y la primera huelga general salvaje de la historia, ocupaciones revolu-

cionarias y esbozos de democracia directa, la eliminación cada vez más completa del poder estatal durante más de dos semanas, la verificación de toda la teoría revolucionaria y el principio de su realización parcial aquí o allá, la experiencia más importante del movimiento proletario moderno que está en vías de constituirse en todos los países de forma acabada y el modelo a superar a partir de entonces -todo esto fue esencialmente el movimiento francés de mayo del 68, esta fue ya su victoria.

Hablaremos más adelante de sus flaquezas y carencias, derivadas naturalmente de la ignorancia, la improvisación y el peso muerto del pasado allí donde este movimiento pudo afirmarse mejor, y ante todo de las separaciones que lograron defender con precisión todas las fuerzas de mantenimiento del orden capitalista asociadas, empleando para ello más y mejor que a la policía a los cuadros burocráticos político-sindicales en un momento en que era cuestión de vida o muerte para el sistema. Pero enumeremos en primer lugar los rasgos manifiestos del movimiento de las ocupaciones allí donde se hallaba su centro, donde expresaba con

mayor libertad su contenido en palabras y en actos. Allí manifestó sus objetivos mucho más explícitamente que cualquier otro movimiento revolucionario espontáneo de la historia, y estos objetivos eran mucho más radicales y actuales de lo que supieron nunca enunciar en sus programas las organizaciones revolucionarias del pasado, ni siquiera en su mejor momento.

El movimiento de ocupaciones era el retorno repentino del proletariado como clase histórica, extendido a la mayoría de los asalariados de la sociedad moderna y apuntando siempre a la abolición efectiva de las clases y del salariado. Este movimiento era el redescubrimiento de la historia colectiva e individual, la asunción de una intervención posible sobre la historia y de un acontecimiento irreversible, con la sensación de que "nada sería ya como antes". La gente contemplaba divertida la existencia extrañada que había llevado ocho horas antes, su supervivencia superada. Era la crítica generalizada de todas las alienaciones, de todas las ideologías y del conjunto de la antigua organización de la vida real, la pasión por la generalización, por la unificación. En ese proceso

se negaba la propiedad, cada uno se sentía en todas partes en su casa. El deseo reconocido de diálogo, de expresión integralmente libre, el placer de la verdadera comunidad habían encontrado su terreno en los edificios abiertos al encuentro y en la lucha común: el teléfono, que figuraba entre los escasos medios técnicos que aún funcionaban, y el ir y venir de tantos mensajeros y viajeros, en París y en todo el país, entre locales ocupados, fábricas y asambleas, comportaban este uso real de la comunicación. El movimiento de ocupaciones era evidentemente el rechazo del trabajo alienado; y por tanto la fiesta, el juego, la presencia real de los hombres y del tiempo. Era también el rechazo de toda autoridad, de toda especialización, de toda desposesión jerárquica; rechazo del estado, y por tanto de los partidos y de los sindicatos, así como de los sociólogos y de los profesores, de la moral represiva y de la medicina. Todos aquellos a los que el movimiento había despertado con una cadena fulminante de acontecimientos -"Rápido", decía uno de los eslóganes, tal vez el más bello, escritos en los muros- despreciaban radicalmente sus antiguas condiciones de existencia, y por

tanto a quienes habían procurado mantenerlas, las estrellas de la televisión y los urbanistas. A medida que se desmoronaban las ilusiones estalinianas con sus edulcorantes diversos, de Castro a Sartre, todas las mentiras rivales y solidarias de la época caían en ruinas. La solidaridad internacional volvió a aparecer espontáneamente, muchos trabajadores extranjeros se lanzaron a la lucha y gran cantidad de revolucionarios de Europa acudieron a Francia. La participación de las mujeres en todas las formas de lucha es un signo esencial de su profundidad revolucionaria. La liberación de las costumbres dio un gran paso. El movimiento era también la crítica, todavía parcialmente ilusoria, de la mercancía (en su inepto disfraz sociológico de "sociedad de consumo") y un rechazo del arte que no se reconocía todavía como su negación histórica (en la pobre fórmula abstracta "la imaginación al poder", que ignoraba los medios para poner en práctica ese poder, para reinventarlo, y que al carecer de poder, carecía también de imaginación). El odio a los recuperadores declarado en todas partes no llegaba todavía el conocimiento teórico-práctico del modo de eliminarlos:

neoartistas y neodirigentes políticos, neoespectadores del movimiento que les reclamaba. Aunque la crítica del espectáculo de la no-vida no era todavía su superación revolucionaria, la tendencia "espontáneamente consejista" de la sublevación de mayo se anticipó a casi todos los medios concretos, entre ellos la conciencia teórica y organizacional, que le hubiesen permitido traducirse en poder y ser el único poder.

Escupamos de paso sobre los comentarios degradantes y los falsos testimonios de los sociólogos, de los retirados del marxismo, de todos los doctrinarios del viejo ultraizquierdismo en conserva o del ultramodernismo rastrero de la sociedad espectacular; nadie que haya vivido este movimiento puede decir que no contenía todo esto.

En marzo de 1966 escribimos en el n 10 de Internationale Situationniste: "lo que hay de aparentemente osado en muchas de nuestras afirmaciones lo enunciamos con la seguridad de ver a continuación una demostración histórica de irrecusable peso". No puede decirse mejor.

Naturalmente, nosotros no profetizamos nada. Señalamos lo que estaba ya allí: las

condiciones materiales de una nueva sociedad se daban desde hacía tiempo, la vieja sociedad de clases se mantenía en todas partes modernizando considerablemente su opresión y desarrollando cada vez más contradicciones, el movimiento proletario vencido volvía para lanzar un segundo asalto más consciente y total. Muchos pensaban todo esto que la historia y el presente ponían en evidencia, y algunos lo decían, pero de forma abstracta y por tanto en el vacío: sin eco, sin posibilidad de intervención. El mérito de los situacionistas consistió sencillamente en reconocer y designar los nuevos puntos de aplicación de la revuelta en la sociedad moderna (que no excluyen en absoluto, sino que por el contrario restablecen los antiguos): urbanismo, espectáculo, ideología, etc. Debido a que esta tarea se cumplió radicalmente, estuvo en disposición de suscitar a veces, o de reforzar bastante al menos, ciertos casos de revuelta práctica. Ello no quedó sin eco: la crítica sin concesiones había tenido escasos portadores en los izquierdismos de la época anterior. Si muchas personas hicieron lo que nosotros escribimos, es porque nosotros habíamos escrito esencialmente

lo negativo que habíamos vivido nosotros y muchos otros antes. Lo que salió así a la luz de la conciencia en primavera de 1968 no fue otra cosa que lo que dormía en esa noche de la "sociedad espectacular" cuyos Sonidos y Luces mostraban un eterno decorado positivo. Nosotros "cohabitamos con lo negativo" según el programa que formulamos en 1962 (cf. I.S. 7). No detallamos nuestros méritos para ser aplaudidos, sino para clarificar en la medida de lo posible a otros que vayan a actuar en el mismo sentido.

Quienes cerraban los ojos a esta "crítica en lucha" no contemplaban en la forma inquebrantable de la dominación moderna más que su propia renuncia. Su "realismo" antiutópico no era más real que una comisaría de policía, como tampoco los edificios de la Sorbona son más reales que lo que hacen con ellos los incendiarios o los "katangais". Cuando los fantasmas subterráneos de la revolución total se alzaran y extendieran su poder por todo el país, todos los poderes del viejo mundo parecerían ilusiones fantasmáticas disipándose en el gran día. Sencillamente, después de treinta años de miseria que en la historia de las revoluciones no han conta-

do más que un mes, llegó ese mes de mayo que resume treinta años.

Hacer realidad nuestros deseos es un trabajo histórico preciso, exactamente contrario a la prostitución intelectual que incorpora a cualquier realidad existente sus ilusiones de permanencia. Lefebvre, por ejemplo, citado en el número anterior de esta revista (octubre de 1967), porque aventuraba en su libro Positions contre les technocrates (ediciones Gonthier) una conclusión categórica cuya pretensión científica reveló, también ella, su valor en poco más de seis meses: "Los situacionistas... no proponen una utopía concreta, sino una utopía abstracta. ¿Creen realmente que una buena mañana o una tarde decisiva las personas van a mirarse diciendo: '¡Basta! ¡Basta de trabajo y de aburrimiento! ¡Acabemos con él!' y entrarán en la Fiesta inmortal, en la creación de situaciones? Aunque esto ocurrió una vez, el 18 de marzo de 1871 al amanecer, esta coyuntura no volverá a repetirse." De esta forma Lefebvre se atribuía influencia intelectual copiando subrepticiamente ciertas tesis radicales de la I.S. (Ver en este número la reedición de nuestro panfleto de 1963: Al basurero de la historia), pero él

reservaba al pasado la verdad de esta crítica que, sin embargo, venía del presente y no de la reflexión histórica de Lefebvre. Advertía contra la ilusión de que una lucha actual pudiese encontrar esos resultados. No vayáis a pensar que Lefebvre fue el único pensador anterior al que el acontecimiento ridiculizó definitivamente: los que se abstenían de expresiones tan cómicas como las suyas no dejaban de pensarlas. Bajo el influjo de mayo, todos los investigadores de la nada histórica han admitido que nadie había previsto nada de lo ocurrido. Hay que hacer sitio aparte sin embargo a todas las sectas de "bolcheviques resucitados", de los que es justo decir que, en los últimos treinta años, no han dejado un solo instante de señalar la inminencia de la revolución de 1917. Pero también en eso se equivocaban: no hubo 1917, ni tampoco Lenin. En cuanto a los residuos del viejo ultraizquierdismo no trotskista, necesitaban una crisis económica mayor. Subordinaban todo momento revolucionario al retorno de la crisis y no divisaban esta crisis. Ahora que han reconocido una crisis revolucionaria en mayo, tienen que demostrar que existía en la primavera de 1968 esa crisis económica

invisible. Se dedican sin miedo al ridículo a dibujar esquemas sobre el aumento del paro y de los precios. La crisis económica no es ya para ellos esa realidad objetiva y terriblemente evidente tan vivida y descrita hasta 1929, sino una especie de presencia eucarística que sostiene su religión.

Al igual que habría que reeditar toda la colección de I.S. para mostrar cuánto se engañaban estas personas antes, sería preciso escribir un grueso volumen para dar cuenta de las estupideces y confesiones veladas que han producido desde mayo. Limitémonos a citar al pintoresco periodista Gaussen, que aseguraba a los lectores de Monde el 9 de diciembre de 1966, al escribir sobre unos situacionistas locos autores del escándalo de Estrasburgo, que tenían "una confianza mesiánica en la capacidad revolucionaria de las masas y en su aptitud para la libertad". Hoy, ciertamente la aptitud de Frédéric Gaussen para la libertad no ha progresado un milímetro, pero en el mismo periódico, con fecha 29 de enero de 1969, lo vemos apasionarse al encontrar en todas partes "la sensación de que el soplo revolucionario es universal". "Escolares de Roma,

estudiantes de Berlín, 'enragés' de Madrid, 'huérfanos' de Lenin en Praga, contestatarios de Belgrado combaten un mismo mundo, el Viejo Mundo..." Y Gaussen, utilizando casi las mismas palabras, atribuye a todos estos locos revolucionarios una "creencia casi mística en la espontaneidad creadora de las masas".

No queremos extendernos triunfalmente sobre la ruina de nuestros adversarios intelectuales ni sobre el significado de este "triunfo", que corresponde en realidad al movimiento revolucionario moderno, debido a la monotonía del asunto y a la luminosa evidencia del juicio que pronunció, sobre el período que acabó en mayo, la reaparición de la lucha de clases directa, reconociendo los objetivos revolucionarios actuales, la reaparición de la historia (antes era la subversión de la sociedad existente la que parecía inverosímil; ahora lo es su mantenimiento). En lugar de subrayar lo que ya se ha verificado, es más importante en lo sucesivo plantear los nuevos problemas, criticar el movimiento de mayo e inaugurar la práctica de la nueva época.

La reciente búsqueda, que sigue siendo por otra parte confusa, de una crítica radical

del capitalismo moderno (privado o burocrático), no había salido en los demás países todavía de la estrecha base adquirida en un sector del medio estudiantil. Por el contrario, pese a lo que finjan creer el gobierno y los periódicos, así como los ideólogos de la sociología modernista, el movimiento de mayo no fue un movimiento de estudiantes. Fue el movimiento revolucionario proletario que volvía a surgir después de medio siglo de aplastamiento, y naturalmente desposeído de todo: su desdichada paradoja fue no poder tomar la palabra y adquirir una forma concreta más que sobre el terreno eminentemente desfavorable de la revuelta estudiantil: las calles mantenidas por los amotinados alrededor del Barrio Latino y los edificios ocupados en esa zona, que habían dependido generalmente del Ministerio de Educación. En lugar de quedarnos en la parodia histórica, efectivamente ridícula, de los estudiantes leninistas o de los estalinianos chinos que se disfrazaban de proletarios y al mismo tiempo de vanguardia dirigente del proletariado, es preciso advertir que fueron por el contrario los trabajadores más avanzados, desorganizados y divididos por todas

las formas de represión, los que se vieron disfrazados de estudiantes en el imaginario tranquilizador de los sindicatos y de la información espectacular. El movimiento de mayo no fue una teoría política que buscase a sus ejecutantes obreros: fue el proletariado que al actuar buscaba su conciencia teórica.

Que el sabotaje de la universidad por grupos de jóvenes revolucionarios, que eran en realidad notoriamente antiestudiantes en Nantes y en Nanterre (al menos los "enragés", aunque no la mayoría del "22 de marzo" que asumió tardíamente el relevo de su actividad) diese ocasión para que se desarrollasen formas de lucha directa que el descontento de los obreros, principalmente jóvenes, había adoptado ya en los primeros meses de 1968 en Caen y en Redon, he aquí una circunstancia que no es en absoluto fundamental y que no podía perjudicar en ningún sentido al movimiento. Lo que le perjudicó fue que la huelga salvaje lanzada contra toda voluntad y maniobra de los sindicatos pudiese ser luego controlada por ellos. Aceptaron la huelga que no habían podido impedir, como siempre ha hecho un sindicato ante una huelga salvaje; pero esta vez tuvieron

que hacerlo a escala nacional. Y al aceptar esta huelga general "no oficial" siguieron siendo aceptados por ella. Continuaron en posesión de las puertas de las fábricas y aislaron del movimiento real a la inmensa mayoría de los obreros y a cada empresa con relación a las demás. De forma que la acción más unitaria y radical que hayamos visto en su crítica fue al mismo tiempo una suma de separaciones y un festival de vulgaridades en las reivindicaciones oficiales. Igual que habían tenido que dejar que la huelga general se afirmase por fragmentos que desembocaron prácticamente en un movimiento unánime, los sindicatos se dedicaron a liquidarla por fragmentos, imponiendo en cada rama, con el terrorismo de la manipulación y el monopolio de las relaciones, las migajas ya rechazadas por todos el 27 de mayo. La huelga revolucionaria fue reconducida así a un equilibrio de guerra fría entre burocracias sindicales y trabajadores. Los sindicatos reconocieron la huelga a condición de que ésta reconociese, con su pasividad en la práctica, que no servía para nada. Los sindicatos no "perdieron una oportunidad" de ser revolucionarios porque ni los estalinianos ni

los reformistas aburguesados lo son en absoluto. Ni perdieron una oportunidad de ser reformistas con buenos resultados porque la situación era demasiado revolucionaria para jugar con ella o para que les interesase sacar partido de ella. Lo que querían manifiestamente era que acabase urgentemente a cualquier precio. Aquí la hipocresía estaliniana, adoptada de nuevo de forma admirable por los sociólogos semiizquierdistas (cf. Coudray en La Brèche, Editions du Seuil, 1968) respetó extraordinariamente, sólo en momentos tan excepcionales, la competencia de los obreros, la "decisión" que se les suponía, con el más fantástico cinismo, experimentada, debatida, asumida con conocimiento de causa y reconocible de forma absolutamente unívoca: por una vez los obreros sabían lo que querían, ¡porque "no querían la revolución"! Pero los obstáculos y mordazas que acumularon los burócratas sudando angustia y mentira ante lo que supuestamente no querían los obreros constituyen la mejor prueba de su voluntad real, desarmada y temible. Únicamente olvidando la totalidad histórica del movimiento de la sociedad moderna puede gargarizarse ese positivismo circular que

encuentra racional en todas partes el orden existente, porque lleva su "ciencia" al punto de considerar sucesivamente este orden del lado de la pregunta y del lado de la respuesta. Así, el propio Coudray señala que "si con los sindicatos no se puede tener más que el 5% y lo que se pide es el 5%, los sindicatos bastan". Dejando aparte la cuestión de cómo se relacionan sus intenciones con su vida real y sus intereses, lo que necesitan todos estos señores es dialéctica.

Los obreros, que tenían naturalmente -como siempre y en todas partes- excelentes motivos para el descontento, comenzaron la huelga salvaje porque percibieron la situación revolucionaria creada por las nuevas formas de sabotaje en la universidad y los fallos sucesivos del gobierno en sus reacciones. Sentían evidentemente tanta indiferencia como nosotros hacia las formas o reformas de la institución universitaria, pero no hacia la crítica de la cultura, del paisaje y de la vida cotidiana del capitalismo avanzado, crítica que se extendió tan deprisa a partir del primer roto en la vela universitaria.

Haciendo la huelga salvaje, los obreros desmintieron a los embusteros que habla-

ban en su nombre. En la masa de las empresas supieron llegar a tomar verídicamente la palabra por su cuenta y a decir lo que querían. Pero para decir lo que quieran es preciso que los trabajadores creen, con su acción autónoma, las condiciones concretas, inexistentes en todas partes, que les permitan hablar y actuar. La falta casi en todas partes de este diálogo, de esta relación, así como el conocimiento teórico de los objetivos autónomos de la lucha de clase proletaria (estos dos factores sólo se desarrollan al unísono), impidieron a los trabajadores expropiar a los expropiadores de su vida real. De esta forma, el núcleo avanzado de los trabajadores, alrededor del cual tomará forma la próxima organización revolucionaria proletaria, llegó al Barrio Latino como pariente pobre del "reformismo estudiantil", producto artificial de la pseudoinformación o del ilusionismo grupuscular. Eran jóvenes obreros, empleados, trabajadores de oficinas ocupadas, blousons noirs y parados, escolares sublevados que eran a menudo hijos de obreros que el capitalismo moderno recluta para esa instrucción en rebajas destinada a preparar el funcionamiento de la industria

desarrollada ("¡Estalinianos, vuestros hijos están con nosotros!"), "intelectuales perdidos" y "katangais".

Una proporción no desdeñable de estudiantes franceses y sobre todo parisinos participó en el movimiento: esto es evidente, pero que no puede caracterizarlo fundamentalmente ni ser aceptado como su principal aspecto. De 150.000 estudiantes parisinos, entre 10 y 20.000 como mucho estuvieron presentes en las horas menos duras de las manifestaciones, y sólo algunos miles en los violentos enfrentamientos callejeros. El único momento de la crisis que dependió sólo de los estudiantes -decisivo por otra parte para su extensión- fue la revuelta espontánea del Barrio Latino del 3 de mayo, tras el arresto de los responsables izquierdistas en la Sorbona. Al día siguiente de la ocupación de la Sorbona, cerca de la mitad de los que participaban en asambleas generales que habían tomado visiblemente una función insurreccional, eran todavía estudiantes peocupados por las modalidades de sus exámenes que deseaban una reforma favorable de la Universidad. Sin duda un número algo mayor de los estudiantes que participaban admitía que se plantea-

ba la cuestión del poder, pero lo hacía casi siempre como clientela ingenua de pequeños partidos izquierdistas, como espectadores de los viejos esquemas leninistas o del exotismo del Lejano Oriente del estalinismo maoísta. Estos grupúsculos tenían en efecto su base casi exclusiva en el medio estudiantil, y la miseria en que se mantenía era claramente legible en casi todos los panfletos que salían de ese medio: bagatelas los Kravetz, tonterías los Péninou. Las mejores intervenciones de los obreros que acudieron durante los primeros días de la Sorbona fueron a menudo asumidas por la pedante y altanera estupidez de esos estudiantes que jugaban a ser doctores en revoluciones, aunque estuviesen dispuestos a salivar y aplaudir ante los estímulos del más torpe manipulador que dijese cualquier inepcia con tal de que citase a "la clase obrera". Sin embargo, el propio hecho de que las agrupaciones recluten cierta cantidad de estudiantes es ya un síntoma enfermizo de la sociedad actual: los grupúsculos son la expresión teatral de una revuelta real y vaga que busca sus razones en las rebajas. Finalmente, el que una pequeña fracción de estudiantes se adhiriese verdade-

ramente a todas las exigencias radicales de mayo es un testimonio de la profundidad de ese movimiento y habla en su honor.

Aunque muchos miles de estudiantes hayan podido, como individuos, desprenderse más o menos completamente del lugar que les es asignado en la sociedad gracias a su experiencia de mayo del 68, la masa estudiantil no se ha transformado. Y no en virtud de la vulgaridad pseudomarxista que considera determinante el origen social de los estudiantes, muy mayoritariamente burgués o pequeño burgués, sino más bien debido al destino social que define al estudiante: el devenir del estudiante es la verdad de su ser. Está masivamente fabricado y condicionado para el alto, el medio o el pequeño encuadramiento de la producción industrial moderna. Por lo demás el estudiante no es sincero cuando se escandaliza al "descubrir" esta lógica de su formación que siempre ha estado abiertamente declarada. Es cierto que las incertidumbres económicas de su empleo óptimo, y sobre todo la puesta en cuestión del carácter verdaderamente deseable de los "privilegios" que la sociedad actual puede ofrecerle han jugado un papel en su desor-

den y su revuelta. Pero justamente por ello el estudiante suministra el ganado ávido de encontrar signos de distinción en la ideología de uno u otro de los grupúsculos burocráticos. El estudiante que sueña con ser bolchevique o estaliniano-conquistador (es decir, maoísta) juega con dos tableros: cuenta con administrar algún pedazo de sociedad como cuadro del capitalismo por el mero hecho de haber estudiado, aunque el cambio de poder no responda a sus deseos. Y en el caso de que su sueño se realizara, se ve gloriosamente como gerente, un grado más alto como cuadro político "científicamente" garantizado. Los sueños de dominación de los grupúsculos se traducen a menudo con torpeza en la expresión de desprecio que sus fanáticos creen poder permitirse ante algunos aspectos de las reivindicaciones obreras que han calificado con frecuencia de simplemente "alimentarios". Vemos despuntar aquí, en la impotencia que haría mejor callándose, el desdén que les gustaría oponer a los izquierdistas al futuro descontento de estos mismos trabajadores el día en que ellos, especialistas autopatentados de los intereses generales del proletariado, puedan tener "en

sus frágiles manos" oportunamente reforzadas de esta forma el poder estatal y la policía, como en Cronstadt, como en Pekín. Aparte de esta perspectiva de quienes son portadores de gérmenes de burocracias soberanas, no podemos reconocer nada serio a las oposiciones sociológico-periodísticas entre los estudiantes rebeldes, que se supone que rechazan la "sociedad de consumo", y los obreros, deseosos todavía de acceder a ella. El consumo en cuestión no es el de mercancías. Es un consumo jerárquico que crece para todos jerarquizándose aún más. La caída y la falsificación del valor de uso están presentes para todos, aunque de forma desigual, en la mercancía moderna. Todo el mundo vive este consumo de mercancías espectaculares y reales con una pobreza fundamental "porque no está en sí mismo más allá de la privación que se ha hecho más rica" (La sociedad del espectáculo). Los obreros también se pasan la vida consumiendo espectáculo, pasividad, mentira ideológica y mercantil. Pero tienen puestas menos ilusiones que nadie en las condiciones concretas que les impone, en lo que les cuesta en todos los momentos de su vida, la producción de todo ello.

Por todas estas razones los estudiantes, como capa social también en crisis, no fueron en mayo del 68 más que la retaguardia del movimiento.

La deficiencia prácticamente general de la fracción estudiantil que decía tener intenciones revolucionarias fue probablemente, en relación con el tiempo libre que hubieran podido dedicar a la elucidación de los problemas de la revolución, lamentable pero muy secundaria. La de la gran masa de los trabajadores, amarrados y amordazados, fue por el contrario excusable pero decisiva. La definición y el análisis de los situacionistas en cuanto a los momentos principales de la crisis se expusieron en el libro de René Viénet Enragés y situacionistas en el movimiento de ocupaciones (Gallimard, 1968). Bastará aquí contrastar los puntos recogidos en este libro, reeditado en Bruselas en las tres últimas semanas de julio, con los documentos ya disponibles, pero no pensamos que deba modificarse ninguna conclusión. Desde enero hasta marzo, el grupo de los enragés de Nanterre (relevado tardíamente en abril por el "movimiento del 22 de marzo") emprendió con éxito el sabotaje de los cursos y los

locales. La represión del Consejo de Universidad, demasiado tardía y torpe, combinada con dos cierres sucesivos de la Facultad de Nanterre, trajo consigo la revuelta espontánea de los estudiantes el 3 de mayo en el Barrio Latino. La Universidad fue paralizada por la policía y la huelga. Una semana de lucha en la calle dio ocasión a los jóvenes obreros de pasar a la revuelta, a los estalinianos, de desacreditarse cada día más con increíbles calumnias, a los dirigentes izquierdista del S.N.E. Sup. y a los grupúsculos de exhibir su falta de imaginación y de rigor y al gobierno de utilizar siempre a destiempo la fuerza y las concesiones mezquinas. En la noche del 10 al 11 de mayo, la sublevación que se apoderó del barrio que rodea la calle Gay-Lussac y resistió durante más de ocho horas con sesenta barricadas despertó a todo el país y llevó al gobierno a una capitulación mayor: retiró del Barrio Latino las fuerzas de orden y volvió a abrir la Sorbona sin poder hacerla funcionar. El período del 13 al 17 de mayo fue de ascenso irresistible del movimiento, convertido en una crisis general revolucionaria, siendo el día decisivo sin duda el 16, cuando las fábricas comenzaron a

declararse a favor de la huelga salvaje. El 13, la simple jornada de huelga general decretada por las grandes organizaciones burocráticas para acabar rápido y bien el movimiento, sacando a ser posible alguna ventaja de él, no fue en realidad más que el principio: los obreros y los estudiantes de Nantes atacaron la prefectura, y los que entraron en la Sorbona como ocupantes la abrieron a los trabajadores. La Sorbona se convirtió al instante en un "club popular" con respecto al cual el lenguaje y las reivindicaciones de los clubs de 1848 se quedaban cortos. El 14, los obreros nanteses de Sud-Aviation ocuparon su fábrica secuestrando a los directores. Su ejemplo fue seguido el 15 por dos o tres empresas, y por más a partir del 16, día en que la base impuso la huelga en Renault y Billancourt. Casi todas las empresas iban a seguirlo, y casi todas las instituciones iban a ser contestadas en los días siguientes. El gobierno y los estalinianos se dedicaron febrilmente a detener la crisis disolviendo su fuerza principal: acordaron condiciones salariales susceptibles de hacer reanudar inmediatamente el trabajo. El 27, la base rechazó en todas partes los "acuerdos de Grenelle". El régimen, al que

un mes de abnegación estaliniana no había podido salvar, se vio perdido. Los propios estalinianos consideraron el 29 el desplome del gaullismo y se apresuraron a recoger contracorriente, con el resto de la izquierda, su peligrosa herencia: la revolución social a desarmar o a aplastar. Aunque De Gaulle se hubiese retirado ante el pánico de la burguesía y el rápido desgaste del freno estaliniano, el nuevo poder no hubiese sido más que la alianza antes debilitada, pero oficializada: los estalinianos hubiesen defendido un gobierno, por ejemplo Mendès- Waldeck, junto a milicias burguesas, activistas del partido y parte del ejército. Habrían intentado hacer no de Kerensky, sino de Noske. De Gaulle, más firme que los cuadros de su administración, alivió a los estalinianos anunciando el 30 que trataría de mantenerse por todos los medios: es decir, implicando al ejército y abriendo un proceso de guerra civil para mantener o reconquistar París. "Los estalinianos, encantados, se abstuvieron de llamar a mantener la huelga hasta la caída del régimen. Se apresuraron a incorporarse a las elecciones izquierdistas a cualquier precio. En tales condiciones, la alternati-

va inmediata se planteaba entre la afirmación autónoma del proletariado o el fracaso total del movimiento, entre la revolución de los Consejos o los acuerdos de Grenelle. El movimiento revolucionario no podía acabar con el P.C.F. sin echar primero a De Gaulle. La forma de poder de los trabajadores que hubiese podido desarrollarse en la fase post-gaullista de la crisis, bloqueada a la vez por el viejo estado reafirmado y el P.C.F., no hubiese tenido ninguna posibilidad de ir más deprisa que su fracaso en marcha." (Viénet, op. cit.). Aunque los trabajadores la prosiguiesen obstinadamente, durante una o varias semanas comenzó el reflujo de la huelga que todos sus sindicatos le presionaban para que detuviesen. Naturalmente no había desaparecido la burguesía en Francia; sólo estaba muda de terror. El 30 de mayo volvió a surgir, junto a la pequeña burguesía conformista, para apoyar al Estado. Pero ese Estado que tan bien había defendido la izquierda burocrática, en la medida en que los trabajadores no se eliminaron la base del poder de estos burócratas imponiendo la forma de su propio poder autónomo, sólo podía caer si quería hacerlo. Los trabajadores le dieron

esa libertad y sufrieron las consecuencias lógicas. La mayoría no había comprendido el sentido total de su propio movimiento, y nadie podía hacerlo en su lugar.

Si entre el 16 y el 30 de mayo se hubiese constituido en una sola fábrica una asamblea en Consejo que detenta todos los poderes de decisión y de ejecución eliminando a los burócratas, organizando su autodefensa y llamando a los huelguistas de todas las empresas a ponerse en contacto con ella, superado ese último paso cualitativo hubiese podido llevar el movimiento a continuación a la lucha final cuyas perspectivas trazó históricamente. Gran cantidad de empresas habrían seguido el camino así abierto. Inmediatamente, esa fábrica hubiese podido sustituir a la incierta y en algunos aspectos excéntrica Sorbona de los primeros días para convertirse en el centro real del movimiento de ocupaciones: se habrían reunido alrededor de esta base los verdaderos delegados de los numerosos consejos que prácticamente ya existían en algunos edificios ocupados y en todos aquellos que habrían podido imponerse en todas las ramas de la industria. Una asamblea semejante hubiese podido enton-

ces declarar la expropiación de todo el capital, incluido el estatal, anunciar que todos los medios de producción del país serían en lo sucesivo propiedad colectiva del proletariado organizado en democracia directa y llamar directamente -aprovechando los medios técnicos de telecomunicación- a los trabajadores de todo el mundo para que apoyasen esta revolución. Algunos dirán que esta hipótesis es utópica. Nosotros responderemos: es precisamente porque el movimiento de las ocupaciones estuvo objetivamente en varios momentos a una hora de un resultado tal por lo que sembró semejante espanto, legible para todos en la impotencia que estaba demostrando el Estado y en el pánico que invadía al partido llamado comunista, y más tarde en la conspiración de silencio que se ha hecho sobre su gravedad. Hasta el punto de que millones de testigos, presas nuevamente de la "organización social de la apariencia" que le presenta esta época como una locura pasajera de juventud -tal vez sólo universitaria- deben preguntarse si no está loca una sociedad que pudo dejar pasar así una aberración tan asombrosa.

Naturalmente, desde esta perspectiva era inevitable la guerra civil. Aunque el enfrentamiento armado no hubiese dependido ya de lo que el gobierno temiese o hiciese temer en cuanto a las eventuales malas intenciones del partido llamado comunista, sino objetivamente de la consolidación de un poder proletario directo sobre una base industrial (poder evidentemente total, y no "poder obrero" limitado a no se sabe qué pseudocontrol de la producción de la propia alienación), la contrarrevolución armada se hubiese desencadenado pronto seguramente. Pero no lo hubiese tenido fácil. Parte de las tropas se habría amotinado, los obreros habrían sabido encontrar armas y no habrían construido ya barricadas -buenas sin duda como forma de expresión política al principio del movimiento, pero claramente ridículas desde el punto de vista estratégico (y los Malraux que dicen a posteriori que los tanques hubiesen ganado la calle Gay-Lussac mucho antes que la gendarmería móvil tienen ciertamente razón en este punto, pero ¿hubiesen podido entonces ocultar políticamente los costos de semejante victoria? Ellos no se arriesgaron, en todo caso, prefirieron hacerse los muertos

y no se tragaron precisamente por humanismo esta humillación)-. La invasión extranjera hubiese seguido fatalmente a ello, piensen lo que piensen algunos ideólogos (se puede haber leído a Hegel y a Clausewitz y no ser más que Glucksmann), a partir sin duda de las fuerzas de la O.T.A.N., pero con el apoyo indirecto o directo del "Pacto de Varsovia". Pero entonces todo se habría jugado sobre el terreno a doble o nada ante el proletariado de Europa.

Tras la derrota del movimiento de las ocupaciones, tanto los que participaron como los que tuvieron que padecerlo se han planteado a menudo la pregunta: "¿Fue una revolución?". El empleo extendido, en la prensa y en la vida cotidiana, de un término cobardemente neutral -"los acontecimientos"- señala precisamente el retroceso ante la respuesta, ante la formulación siquiera de la cuestión. Hay que enfocar tal cuestión en su verdadera perspectiva histórica. El "éxito" o el "fracaso" de una revolución, referencia trivial de periodistas y gobernantes, no puede servir de criterio por la simple razón de que aparte de las burguesas nunca ha triunfado ninguna revolución: no ha abolido las clases. La revolución proletaria no se ha

hecho hasta ahora en ninguna parte, pero el proceso práctico a través del cual se manifiesta su proyecto ha producido ya al menos una decena de momentos revolucionarios de extremada importancia histórica a los que se reconoce el nombre de revoluciones. Nunca se ha expresado en ellos el contenido total de la revolución proletaria, pero se trata en cada ocasión de una interrupción esencial del orden socioeconómico dominante y de la aparición de nuevas formas y nuevas concepciones de la vida real, fenómenos diversos que sólo pueden comprenderse y juzgarse en su significación de conjunto, inseparable ella misma del devenir histórico que pueda tener. De todos los criterios parciales utilizados para reconocer o no el nombre de revolución a un período problemático del poder estatal, el más perverso es seguramente el que juzga en base a si el régimen político vigente cayó o se mantuvo. Este criterio, muy utilizado después de mayo por los pensadores de izquierdas, es el mismo que permite a los informativos calificar día a día de revolución cualquier putsch militar que haya cambiado en un año el régimen de Brasil, de Ghana, de Irak o de donde sea. Pero

la revolución de 1905 no derribó al poder zarista, que sólo hizo algunas concesiones provisionales. La revolución española de 1936 no suprimió formalmente el poder político existente: surgía por lo demás de un alzamiento proletario comenzado para defender la República contra Franco. Y la revolución húngara de 1956 no abolió el gobierno burocrático-liberal de Nagy. Si tenemos en cuenta otras limitaciones dignas de ser señaladas, el movimiento húngaro fue en muchos aspectos una sublevación nacional contra una dominación extranjera, y ese carácter de resistencia nacional, aunque menos importante en la Comuna, tuvo sin embargo un papel en sus orígenes. Ésta no suplantó el poder de Thiers más que en la afueras de París. Y el soviet de San Petersburgo en 1905 no llegó siquiera a controlar la capital. Todas estas crisis, inacabadas en sus realizaciones prácticas e incluso en sus contenidos, aportaron sin embargo muchas novedades radicales y pusieron seriamente en jaque a las sociedades a las que afectaron, por lo que pueden ser calificadas legítimamente como revoluciones. En cuanto a pretender juzgar las revoluciones por la magnitud de la matanza que entra-

ñan, esta visión romántica no merece ser discutida. Revoluciones incontestables se han afirmado con choques poco sangrientos, incluso la Comuna de París que acabaría en masacre, y muchos enfrentamientos civiles han acumulado miles de muertos sin ser en absoluto revoluciones. Generalmente no son las revoluciones las que son sangrientas, sino la reacción y la opresión que se han opuesto a ellas en un segundo momento. Es sabido que el número de muertos en el movimiento de mayo dio lugar a una polémica sobre la cual los mantenedores del orden, provisionalmente tranquilos, no dejan de insistir. La verdad oficial es que no hubo más de cinco muertos que fallecieron instantáneamente, entre ellos sólo un policía. Todos los que lo afirman añaden que es una suerte inverosímil. Lo que aumenta bastante la inverosimilitud científica es que no se admitió nunca que uno solo de los numerosos heridos graves pudiese morir en los días siguientes: esta suerte singular no se debió sin embargo a la rapidez del socorro quirúrgico, sobre todo durante la noche de Gay-Lussac. Por otra parte, si era muy conveniente en aquel momento una sencilla manipulación

para subestimar el número de muertos para un gobierno en situación desesperada, lo ha seguido siendo después por razones diferentes. Pero finalmente, en conjunto, las pruebas retrospectivas del carácter revolucionario del movimiento de las ocupaciones son tan incuestionables como lo que arrojó al rostro del mundo existiendo: la prueba de que llegó a esbozar una legitimidad nueva es que el régimen restablecido en junio nunca osó perseguir, para lograr la seguridad interior del Estado, a los responsables de acciones manifiestamente ilegales que le habían despojado parcialmente de su autoridad, o sea de sus edificios. Pero lo más evidente, para aquellos que conocen la historia de nuestro siglo, es esto: todo lo que los estalinianos hicieron por combatir sin descanso el movimiento demuestra que la revolución estaba allí.

Mientras que los estalinianos representaron, como siempre, de alguna manera el ideal de la burocracia antiobrera como forma pura, los embriones burocráticos del izquierdismo pisaban en falso. Todos trataban con ostensible cuidado a las burocracias efectivas, tanto por cálculo como por ideología (con excepción del "22 de marzo" que

se contentaba con tratar bien a su propio núcleo, J.C.R., maoístas, etc.). De forma que no podían hacer otra cosa que "empujar a la izquierda" -pero sólo en función de sus propios cálculos deficientes- a un movimiento espontáneo mucho más extremista que ellos, y al mismo tiempo a los aparatos que no podían en ningún caso hacer concesiones al izquierdismo en una situación tan manifiestamente revolucionaria. Las ilusiones pseudoestratégicas también florecieron en abundancia: algunos izquierdistas creían que la ocupación de cualquier ministerio la noche del 24 de mayo habría asegurado la victoria del movimiento (y otros izquierdistas maniobraban entonces para impedir un "exceso" que no entrase en su propia planificación de la victoria). Otros, que tenían el sueño más modesto de conservar una gestión "responsable" y no visceral para mantener allí una "universidad de verano", creyeron que las facultades se convertirían en bases de la guerrilla urbana (todas cayeron tras la huelga obrera sin ser defendidas, y la Sorbona, que era el centro momentáneo del movimiento en expansión, con todas las puertas abiertas y casi despoblada hacia el

final de la noche crítica del 16 al 17 de mayo, pudo ser recuperada en menos de una hora por una expedición del C.R.S.). No queriendo ver que el movimiento iba más allá de un cambio político en el Estado y en qué términos se planteaba la apuesta real (una toma de conciencia coherente, total, en las empresas), los grupúsculos trabajaban duramente contra esta perspectiva, extendiendo ilusiones apolilladas a montones, dando en todas partes el mal ejemplo de esa conducta burocrática que asquea a todos los trabajadores revolucionarios y finalmente parodiando de la forma más desafortunada todas las formas de revolución del pasado, tanto el parlamentarismo como la guerrilla al estilo zapatista, sin que esa mala película coincidiese nunca con la menor realidad. Los ideólogos tardíos de los pequeños partidos izquierdistas, adoradores de los errores de un pasado revolucionario desaparecido, se encontraban generalmente desarmados para comprender un movimiento moderno. Y su suma ecléctica adornada con ribetes modernistas, el "movimiento del 22 de marzo", combinó casi todas las taras ideológicas del pasado con los defectos del confusionismo ingenuo.

Los recuperadores estaban instalados en la dirección de los mismos que manifestaban su temor a "la recuperación", considerada por otra parte vagamente como un peligro de naturaleza un tanto mística, a falta del menor conocimiento de las verdades sobre la recuperación y la organización, de lo que es un delegado y un "portavoz" irresponsable, y precisamente por ello mantenían la dirección, ya que el principal poder efectivo del "22 de marzo" fue hablar con los periodistas. Sus ridículas estrellas salían a la luz del sol para declarar a la prensa que les preocupaba convertirse en estrellas.

Los "Comités de acción" que se habían formado espontáneamente más o menos en todas partes se encontraron en la ambigua frontera entre la democracia directa y la incoherencia infiltrada y recuperada. Esta contradicción dividía interiormente a casi todos los comités. Pero la división era todavía más clara entre los dos tipos principales de organización que encubría la misma etiqueta. Por un lado hubo comités formados sobre una base local (comités de acción de barrios o de empresas, comités de ocupación de edificios que habían caído en

manos del movimiento revolucionario), o bien constituidos para cumplir ciertas tareas especializadas cuya necesidad práctica era evidente, particularmente la extensión internacional del movimiento (comités de acción italiano, magrebí, etc.). Por otro lado vimos multiplicarse comités profesionales, intento de restaurar el viejo sindicalismo, aunque casi siempre para uso de semiprivilegiados, con un carácter claramente corporativista, como tribuna de especialistas separados que querían unirse al movimiento y mantenerse como tales, sacando incluso provecho de la notoriedad ("Estados Generales del Cine", Unión de Escritores, Comité de Acción del Instituto de Inglés y demás). Los métodos era todavía más claramente opuestos que los objetivos. Allí, las decisiones eran ejecutorias; aquí, eran voces abstractas. Allí, prefiguraban el poder revolucionario de los Consejos; aquí, parodiaban a los grupos de presión del poder estatal.

Los edificios ocupados, cuando no estaban bajo la autoridad de "gerentes leales" sindicalistas, y en la medida en que no permanecieron aislados como posesión pseudofeudal de la asamblea de sus habituales usuarios

universitarios (por ejemplo la Sorbona de los primeros días, los edificios abiertos a trabajadores y gente del barrio por los estudiantes de Nantes, el I.N.S.A. donde se instalaron los obreros revolucionarios de Lyon, el Instituto Pedagógico Nacional) constituían uno de los puntos más fuertes del movimiento. La lógica propia de estas ocupaciones podía llevar a los mejores desarrollos: hay que advertir, por lo demás, cómo a un movimiento paradójicamente tímido ante la perspectiva de requisar las mercancías no le inquietaba en absoluto haberse apropiado ya de parte del capital inmobiliario del estado.

Aunque se impidió finalmente que se siguiese este ejemplo en las fábricas, hay que decir también que el estilo de muchas de estas ocupaciones dejaba mucho que desear. Las rutinas mantenidas impidieron casi en todas partes ver el alcance de la situación y los instrumentos que ofrecía para la acción en curso. Por ejemplo, el número 77 de Informations Correspondance Ouvrières (enero de 1969) objeta al libro de Viénet -que había citado su presencia en Censier- que los trabajadores que están desde hace tiempo en contacto con este boletín "no 'ocuparon': ni

en la Sorbona, ni en Censier ni en ninguna otra parte; todos estaban involucrados en la huelga en su lugar de trabajo" y "en las asambleas, en la calle". "Nunca pretendieron tener, de una forma u otra, 'permanencia' en las facultades y menos todavía constituirse en 'unión obrera' ni en 'consejo', cuanto ni más 'para el mantenimiento de las ocupaciones", que ellos consideran "uno de los organismos paralelos cuya finalidad sería sustituir al trabajador". Más adelante, I.C.O. añade que ellos habían mantenido allí "dos reuniones semanales" de su grupo porque "las facultades, y particularmente Censier, más tranquila, ofrecían salas gratuitas y disponibles". De esta forma, los escrúpulos de los trabajadores de I.C.O. (a los que queremos suponer tan eficientes como modestos allí donde se involucran en la huelga, en el lugar preciso de su trabajo y en las calles vecinas) les llevaron a no ver en uno de los aspectos más originales de la crisis más que la posibilidad de sustituir su café habitual tomando prestadas salas gratuitas en una facultad tranquila. Reconocen también, pero con aire igual de satisfecho, que muchos de sus camaradas "dejaron pronto de asistir a

las reuniones de I.C.O. por que no encontraban allí respuesta a su deseo de 'hacer algo'". De esta forma, 'hacer algo' se convertía automáticamente para estos trabajadores en la vergonzosa tendencia a sustituir "al trabajador", una especie de ser trabajador en sí que no existiría por definición más que en su fábrica, allí donde por ejemplo los estalinianos los obligarán a callarse y donde I.C.O. tendrá que esperar naturalmente a que los trabajadores sean puramente liberados en su lugar de trabajo (de lo contrario, ¿no se arriesgarían a sustituirse por ese verdadero trabajador todavía mudo?). Semejante elección ideológica de la dispersión es un desafío a la necesidad esencial cuya vital urgencia notaron los trabajadores en mayo: la coordinación y la comunicación de las luchas y de las ideas en base a encuentros libres, fuera de las fábricas sometidas a la policía sindical. Sin embargo I.C.O. no ha ido, ni antes ni después de mayo, hasta el final de su razonamiento metafísico. Existe, como publicación tipografiada a través de la cual algunas decenas de trabajadores se resignan a "sustituir" por sus análisis lo que pueden hacer espontáneamente algunos otros cien-

tos de trabajadores que no la han redactado. El número 78 de febrero nos informa de que "en un año la tirada de I.C.O. ha pasado de 600 ejemplares a 1.000". Pero ese Consejo para el mantenimiento de las ocupaciones que parece conmocionar la virtud de I.C.O., simplemente ocupando el Instituto Pedagógico Nacional y sin perjuicio de sus demás actividades o publicaciones, pudo sacar gratuitamente 100.000 ejemplares gracias a un entendimiento inmediatamente obtenido con los huelguistas de la imprenta del I.P.N. en Montrouge, textos cuya tirada fue difundida, en su inmensa mayoría, entre otros trabajadores en huelga, y de los que nadie hasta el momento ha tratado de demostrar que su contenido pudiese aspirar por nada del mundo a sustituir las decisiones de ningún trabajador. Y la participación en las relaciones aseguradas por el C.P.M.O. en París y en provincias jamás se contradijo con la presencia de los huelguistas en sus lugares de trabajo (ni por supuesto en las calles). Más aún, algunos tipógrafos huelguistas del C.P.M.O. prefirieron trabajar en cualquier sitio con las máquinas disponibles que permanecer pasivos en "sus" empresas.

Si los puristas de la inacción obrera perdieron ciertamente la oportunidad de tomar la palabra en respuesta a todas las ocasiones en que fueron obligados a callarse, lo que se ha convertido entre ellos en una especie de orgullosa costumbre, la presencia de un núcleo neo-bolchevique fue mucho más nociva. Pero lo peor fue la extremada falta de homogeneidad de la asamblea que los primeros días de la ocupación de la Sorbona se encontró, si haberlo querido ni comprendido claramente, en el centro ejemplar de un movimiento que involucraba a las fábricas. Esta falta de homogeneidad social se derivaba sobre todo del aplastante peso numérico de los estudiantes, a pesar de la buena voluntad de muchos de ellos, y era agravada por una proporción bastante grande de visitantes que obedecían a una motivación simplemente turística: una base objetiva semejante es la que permite el despliegue de las más torpes maniobras de los Péninou o los Krivine. Esta ambigüedad de los participantes se añadía a la ambigüedad esencial de los actos de una asamblea improvisada que, por fuerza, iba a representar (en todos los sentidos de la palabra, y por tanto también

en el peor sentido de la misma) la perspectiva consejista para todo el país. Esta asamblea tomaba decisiones a la vez para la Sorbona -mal por otra parte, mistificadamente: no pudo siquiera llegar a ser dueña de su propio funcionamiento- y para la sociedad en crisis: quería y reclamaba, en términos torpes pero sinceros, la unión con los trabajadores, la negación del viejo mundo. Al enumerar sus faltas no olvidamos cómo fue escuchada. El mismo número 77 de I.C.O. reprocha a los situacionistas haber buscado entonces en esta asamblea el acto ejemplar que les hiciese "pasar a la leyenda", poner algunas cabezas "en el podium de la historia". Creemos que nosotros no pusimos ninguna estrella en ninguna tribuna histórica, pero también creemos que la ironía impertinente de esta "buena gente" obrera no viene a cuento. Era una tribuna histórica.

Habiendo sido derrotada la revolución, los mecanismos sociotécnicos de la falsa conciencia debían restablecerse naturalmente, intactos en lo esencial: el espectáculo choca con su negación pura, y ningún reformismo puede luego recargar ni el 7% de sus concesiones a la realidad. Para mostrar

esto a los menos informados basta examinar los cerca de trescientos libros, por no contar más que la edición en Francia, que aparecieron el año siguiente al movimiento de las ocupaciones. Tal cantidad de libros no puede ser ridiculizada o censurada, como han creído necesario hacer algunos obsesos de la recuperación, que sin embargo tienen menos razones para inquietarse cuanto que no hay generalmente entre ellos nada que pueda excitar la codicia de los recuperadores. El hecho de que se hayan publicado tantos libros significa principalmente que la importancia histórica del movimiento fue profundamente percibida, a pesar de las incomprensiones y denegaciones interesadas. Lo que es criticable, de modo mucho más simple, es que de trescientos libros apenas haya diez que merezcan ser leídos, que estén constituídos por relatos y análisis que escapen a las ridículas ideologías o por compilaciones de documentos no manipulados. La subinformación y la falsificación, que dominan en toda la línea, han encontrado una aplicación privilegiada en la forma en que se ha dado cuenta casi siempre de la actividad de los situacionistas. Sin hablar de

los libros que se limitan a guardar silencio sobre este punto ni de imputaciones absurdas, hemos escogido tres estilos de contraverdad para otras tantas series de estas obras. El primer modelo consiste en limitar la acción de la I.S. a Estrasburgo, dieciocho meses antes, como desencadenamiento remoto de una crisis en la que a continuación habría desaparecido (ésta es también la posición del libro de Cohn-Bendit, que consiguió no decir una palabra sobre la existencia del grupo de los "enragés" en Nanterre). El segundo modelo, mentira esta vez positiva y no por omisión, afirma contra toda evidencia que los situacionistas habrían aceptado tener contactos con el "movimiento del 22 de marzo", con el que muchos llegan a fundirnos completamente. Finalmente, el tercer modelo nos presenta como un grupo autónomo de irresponsables y de exaltados que surge por sorpresa, a mano armada incluso, en la Sorbona y otros lugares para sembrar un desorden monstruoso profiriendo las más extravagantes exigencias.

No obstante, es difícil negar cierta continuidad en la acción de los situacionistas en 1967-68. Y parece que esta continuidad haya

contrariado precisamente a quienes, a golpe de grandes entrevistas o reclutamientos, pretenden atribuirse un papel de líderes del movimiento, papel que por su parte la I.S. siempre ha rechazado: su estúpida ambición llevó a algunas de estas personas a ocultar lo que precisamente ellas sabían mejor que otras. La teoría situacionista se encontraba para muchos en el origen de la crítica generalizada que produjo los primeros incidentes de la crisis de mayo y que se desplegó con ellos. No sólo por nuestra intervención contra la Universidad de Estrasburgo. Por ejemplo, se distribuyeron 2.000 o 3.000 ejemplares de cada uno de los libros de Vaneigem y Debord en los meses anteriores, sobre todo en París, y una proporción inhabitual de los mismos fueron leídos por trabajadores revolucionarios (según algunos indicadores parece que estos dos libros fueron, al menos con respecto a su tirada, los más robados de las librerías en 1968). A través del grupo de los enragés, la I.S. puede alardear de no haber carecido de importancia en el origen preciso de la agitación de Nanterre, que llevaron tan lejos. En fin, creemos no haber quedado por detrás del gran movimiento espontáneo de masas que

dominó el país en mayo de 1968, tanto por lo que hicimos en la Sorbona como por las diversas formas de acción que llevó a cabo el "Consejo Para el Mantenimiento de las Ocupaciones". Además de la I.S. propiamente dicha y de gran cantidad de individuos que admitían sus tesis y actuaron en consecuencia, muchos otros defendieron planteamientos situacionistas, sea mediante influencia directa o inconscientemente, porque eran en gran medida las que esa época de crisis revolucionaria llevaba objetivamente consigo. Quienes lo duden sólo tienen que leer los muros (para quienes no tuviesen esta experiencia, citamos la colección de fotografías publicada por Walter Lewino La imaginación al poder, Losfeld, 1968).

Se puede afirmar por tanto que la sistemática minimización de la I.S. no es más que un detalle homólogo a la minimización actual, y normal en la óptica dominante, del conjunto del movimiento de ocupaciones. La especie de celos que han experimentado ciertos izquierdistas, y que contribuye fuertemente a esta tarea, está por lo demás completamente fuera de propósito. Los grupúsculos más izquierdistas no tienen motivos para

rivalizar con la I.S., porque la I.S. no es de esos grupos que compiten en el terreno del militantismo o que pretenden dirigir el movimiento revolucionario en nombre de la supuesta interpretación "correcta" de una verdad petrificada extraída del marxismo o del anarquismo. Plantear así la cuestión es olvidar que, contrariamente a esas repeticiones abstractas en las que antiguas conclusiones siempre actuales en la lucha de clases se mezclan inextricablemente con un montón de errores o imposturas que las desgarran, la I.S. aportó principalmente un nuevo espíritu a los debates teóricos sobre la sociedad, la cultura y la vida. Este espíritu era firmemente revolucionario. Pudo vincularse en cierta medida al movimiento revolucionario real que recomenzaba. Y en la medida en que este movimiento tuvo también un carácter nuevo resultó parecerse a la I.S. y tomó parcialmente sus tesis por su cuenta, y de ninguna forma mediante un proceso político tradicional de adhesión o seguidismo. El nuevo carácter de este movimiento práctico es legible precisamente en esta influencia, totalmente extraña a ningún papel dirigente, que la I.S. resultó ejercer. Todas las tenden-

cias izquierdistas -incluido el "22 de marzo", que llevaba en su baratillo de leninismo, estalinismo chino y anarquismo bisuta "situacionista"- se apoyaban muy explícitamente en un extenso pasado de luchas, de ejemplos, de doctrinas cien veces publicadas y discutidas. Sin duda, estas luchas y publicaciones habían sido sofocadas por la reacción estaliniana y obviadas por los intelectuales burgueses. Pero eran sin embargo infinitamente más accesibles que las nuevas posiciones de la I.S., que jamás habían podido darse a conocer más que a través de nuestras propias publicaciones y actividades recientes. Si los raros documentos conocidos de la I.S. encontraron semejante audiencia es porque parte de la crítica práctica avanzada se reconocía en su lenguaje. Así, nos encontramos ahora en una posición bastante buena para decir lo que mayo fue esencialmente, incluso en la parte de él que sigue estando latente; para hacer conscientes las tendencias inconscientes del movimiento de las ocupaciones. Otros, que mienten, dicen que no había nada que comprender en este desencadenamiento absurdo, o describen como el todo, a través de la pantalla de su ideología, los aspectos

reales más viejos y menos importantes, o prosiguen el "argumentismo" a través ahora de nuevos temas de "cuestionamiento" que se alimentan a sí mismos. Tienen de su parte los grandes periódicos y las pequeñas amistades, la sociología y las grandes tiradas. Nosotros no tenemos nada de eso, y no tenemos más derecho a la palabra que el que sacamos de nosotros mismos. Y sin embargo, lo que ellos dicen de mayo se perderá en la indiferencia y será olvidado; y lo que decimos nosotros permanecerá y será finalmente creído y retomado.

La influencia de la teoría situacionista se lee, además de en los muros, en las acciones de los revolucionarios de Nantes y en aquellas otras, de otra forma ejemplares, de los enragés en Nanterre. Se percibe la indignación que suscitaron las nuevas formas de acción inauguradas o sistematizadas por los enragés. Nanterre embarrada se convertía en "Nanterre-embriagada" porque algunos "granujas del campus" se pusieron un día de acuerdo en que "todo lo que es discutible ha de discutirse" y porque querían "que se supiese".

En realidad, los que se encontraron entonces y formaron el Grupo de los Enra-

gés no tenían una idea preconcebida de la agitación. Estos "estudiantes" no estaban allí más que formalmente y por las becas. Ocurría únicamente que los barrizales y las chabolas les resultaban menos odiosos que los edificios de hormigón, la palurda fatuidad estudiantil y el pensamiento retrasado de los profesores modernistas. Buscaban allí un residuo de humanidad y no encontraron más que miseria, aburrimiento o mentira en el caldo de cultura en el que chapoteaban de consuno Lefebvre y su honestidad, Touraine y el fin de la lucha de clases, Bouricaud y sus gruesos brazos, Lourau y su devenir. Conocían además las tesis situacionistas, sabían que las cabezas pensantes del ghetto les conocían, las meditaban a menudo y de ahí sacaban su modernismo. Decidieron que todo el mundo tenía que saberlo y se dedicaron a desenmascarar la mentira reservándose encontrar más tarde otros terrenos de juego: contaban con que expulsados los mentirosos y los estudiantes, la ocasión les reportaría otros encuentros, a otra escala, y que entonces "felicidad e infelicidad tomarían forma".

Su pasado, que no ocultaban (origen mayoritariamente anarquista, pero también

surrealista y en algún caso trotskista), hubo de inquietar pronto a aquellos a los que primero se enfrentarían: viejos grupúsculos izquierdistas, trotskistas del C.L.E.R. o estudiantes anarquistas que englobaba Daniel Cohn-Bendit, todos disputándose la falta de futuro de la U.N.E.F. y la función de psicólogo. La elección que hicieron de expulsar a muchos sin indulgencia inútil les protegió contra el éxito que rápidamente conocieron al lado de unos veinte estudiantes; y también contra las adhesiones vagas de todos aquellos que acechaban un situacionismo sin situacionistas sobre el que llevar sus obsesiones y sus miserias. En estas condiciones, el grupo, que alcanzó a veces la quincena, estuvo casi siempre formado por media docena de agitadores. Hemos visto que eran suficientes.

Los métodos que emplearon los Enragés, en particular los sabotajes de cursos, aunque son hoy banales tanto en las facultades como en las escuelas, escandalizaron profundamente tanto a los izquierdistas como a los buenos estudiantes, organizando a veces los primeros incluso servicios de orden para proteger a los profesores de una lluvia de injurias y naranjas podridas. La generaliza-

ción del uso del insulto merecido, del graffiti, de la consigna de boicot incondicional a los exámenes, la distribución de panfletos en los locales universitarios, en fin, el escándalo cotidiano de su existencia, atrajeron sobre los enragés el primer intento de represión: convocatoria de Riesel y Bigorgne ante el decano el 25 de enero, expulsión de Cheval de la residencia a primeros de febrero, prohibición de estancia (finales de febrero) y cinco años de expulsión de la Universidad francesa (principios de abril) para Bigorgne. Una agitación más marcadamente política, mantenida por los grupúsculos, comenzó a desarrollarse paralelamente.

Mientras tanto, los viejos monos de la Reserva, perdidos en el embrollo de la puesta en escena de su "pensamiento", no se inquietaron más que tardíamente. Hubo que obligarlos a hacer muecas, como Morin lamentándose, verde de rabia, bajo los aplausos estudiantiles: "El otro día me arrojásteis al basurero de la historia... -Interrupción: "¿Y cómo has salido de allí?"- "Prefiero estar en la basura que entre quienes la manejan, y en cualquier caso, ¡prefiero estar en la basura que en los crematorios!". Igual que

Touraine, babeando de rabia y aullando: "Ya tengo bastante de anarquistas, y más aún de situacionistas. Por el momento soy yo el que manda aquí, y si un día lo son ustedes, tendré mis derechos entre los cuales está el del trabajo". Sólo un año más tarde los descubrimientos de estos precursores encontraron aplicación en los artículos de Raymond Aron y Etiemble, que protestaban por la imposibilidad de trabajar y la escalada del totalitarismo izquierdista y del fascismo rojo. Desde el 26 de enero hasta el 22 de marzo prácticamente no cesaron las interrupciones violentas del curso. Ellas mantenían una agitación permanente con vistas a la realización de varios proyectos que se malograron: publicación de un folleto a primeros de mayo e invasión y saqueo del edificio administrativo de la facultad con ayuda de revolucionarios nanteses a primeros de marzo. Antes de ver todo esto, el decano Grappin denunció en su conferencia de prensa del 28 de marzo la existencia de "un grupo de estudiantes irresponsables que desde hace meses perturban el curso y los exámenes y practican métodos guerrilleros en la facultad... Estos estudiantes no se vinculan a ninguna organización políti-

ca conocida. Constituyen un elemento explosivo en un medio muy sensible." En cuanto al folleto, el impresor de los enragés iba menos rápido que la revolución. Tras la crisis, tuvimos que renunciar a publicar un texto que hubiese parecido hacer profecías después del acontecimiento.

Todo esto explica el interés que tomaron los enragés en la noche del 22 de marzo y quizá su desconfianza a priori hacia el conjunto de los demás manifestantes. Mientras que Cohn-Bendit, estrella ya en el firmamento de Nanterre, hablaba con los menos decididos, diez enragés se instalaron en la sala del Consejo de la Facultad donde 22 minutos después se reunieron para el futuro "Movimiento del 22 de marzo". Sabemos (cf. Viénet) cómo y por qué se retiraron de esta farsa. Veían cada vez más claro que la policía no vendría, y que con tales personas no podrían llevar a cabo el único objetivo que se habían fijado para la noche: destruir completamente las notas de los exámenes. En las primeras horas del 23 decidieron expulsar a cinco de ellos que se negaron a abandonar la sala por miedo a "romper con las masas" estudiantiles.

Es gracioso constatar que en los orígenes del movimiento de mayo existe un ajuste de cuentas con los pensadores dúplices de la banda argumentista. Pero combatiendo a la fea cohorte de pensadores subversivos asalariados por el estado los enragés hacían algo más que ajustar una vieja cuenta pendiente. Hablaban ya como movimiento de ocupaciones que lucha por la ocupación real, por parte de todos los hombres, de todos los sectores de la vida social regidos por la mentira. Y al escribir sobre los muros de cemento "tomad vuestros deseos por la realidad" destruían ya la ideología recuperadora de "la imaginación al poder", pretenciosamente lanzada por el "22 de marzo". Es que unos tenían deseos, y otros imaginación.

Los enragés casi no volvieron a Nanterre en abril. Las veleidades de democracia directa exhibidas en los carteles del "movimiento del 22 de marzo" eran evidentemente irrealizables en esas compañías, y ellos rechazaban por anticipado la pequeña plaza que se les concedía, como amenizadores extremistas, a la izquierda de la ridícula "Comisión de cultura y creatividad". En el lado opuesto, la recuperación por parte de los estudian-

tes de Nanterre de algunas de sus técnicas de agitación, aunque con un problemático fin antiimperialista, significaba que comenzaba a tener lugar el debate sobre el terreno que ellos habían querido definir. Los estudiantes de París que atacaron a la policía el 3 de mayo en respuesta a la última de las torpezas de la administración universitaria, lo demostraron también: el violento panfleto de advertencia de los enragés La rabia en el vientre, distribuido el 6 de mayo, no pudo indignar más que a los leninistas a los que denunciaba, mientras que tomaba la medida exacta al movimiento real; en dos días de combates en las calles los amotinados le encontraron aplicación. La actividad autónoma de los enragés acabó de forma tan consecuente como había comenzado. Fueron tratados como situacionistas antes incluso de estar en la I.S., ya que los recuperadores izquierdistas se inspiraron en ellos creyendo poder ocultarlos para exhibirse ante los periodistas que los enragés habían evidentemente rechazado. El propio término "enragés", con el que Riesel dio una marca inolvidable al movimiento de las ocupaciones, adquirió tardíamente y durante algún tiempo una significación publicitaria "cohnbendista".

La rápida sucesión de las luchas en la calle en los primeros diez días de mayo reunió enseguida a los miembros de la I.S., a los enragés y algunos otros camaradas. Este compromiso se formalizó al día siguiente de la ocupación de la Sorbona, el 14 de mayo, cuando se federaron en un "Comité Enragés-I.S." que empezó a publicar ese mismo día documentos con esta firma. A ello siguió una expresión autónoma más amplia de las tesis situacionistas en el interior del movimiento, pero no se trataba de plantear los principios particulares a partir de los cuales queriamos modelar el movimiento real: al decir lo que pensábamos, decíamos lo que éramos, mientras tantos otros se disfrazaban para explicar que había que seguir la política correcta de su comité central. Esa misma tarde la asamblea general de la Sorbona, abierta efectivamente a los trabajadores, empezó a organizar su poder sobre la marcha, y René Riesel, que había afirmado las tesis más radicales sobre la propia organización de la Sorbona y sobre la extensión total de la lucha iniciada, fue elegido en el primer Comité de Ocupación. El día 15 los situacionistas presentes en París dirigieron una circular a provin-

cias y al extranjero: A los miembros de la I.S., a los camaradas que se han declarado de acuerdo con nuestras tesis. Este texto analizaba brevemente el proceso en curso y sus desarrollos posibles por orden de probabilidad decreciente -agotamiento del movimiento en caso de permanecer limitado "a los estudiantes antes de que la revolución antiburocrática haya conquistado el medio obrero"; represión; o, finalmente, '¿revolución social?'". Comportaba también un ajuste de cuentas de nuestra actividad hasta el momento y llamaba a continuación a hacer todo lo posible "por dar a conocer, apoyar y extender la agitación". Proponíamos como temas inmediatos en Francia: "la ocupación de fábricas" (acababa de conocerse la ocupación de Sud-Aviation, ocurrida la víspera por la tarde) la 'constitución de consejos obreros', el cierre definitivo de la Universidad y la crítica completa de todas las alienaciones". Hay que señalar que era la primera vez, desde que la I.S. existía, que pedíamos a alguien hacer algo, ni siquiera a los más próximos a nuestras posiciones. Nuestra circular tampoco quedó sin eco, particularmente en las ciudades donde el movimiento

de mayo se imponía con más fuerza. El día 16 por la tarde la I.S. lanzó una segunda circular exponiendo los desarrollos de la jornada y previendo "una prueba mayor de fuerza". La huelga general interrumpió esta secuencia, que fue retomada con otra forma el 20 de mayo por los emisarios que el C.M.D.O. enviaba a provincias y al extranjero.

El libro de Viénet describe con detalle cómo el Comité de Ocupación de la Sorbona, reelegido en bloque por la asamblea general del día 15 por la tarde, vio desaparecer de puntillas a la mayoría de sus miembros, que se doblegaron a las maniobras y los intentos de intimidación de una burocracia informal que intentaba volver a recuperar subrepticiamente la Sorbona (U.N.E.F., M.A.U., J.C.R., etc.). Los enragés y los situacionistas se encontraron por tanto con la responsabilidad del Comité de ocupación los días 16 y 17 de mayo. Al no aprobar finalmente la asamblea general del día 17 los actos con los que ese comité había ejercido su mandato, ni desaprobarlos tampoco (los manipuladores impidieron el voto de la asamblea), declaramos de inmediato que abandonábamos la universidad desfalleciente, y todos los que se agrupaban

alrededor de ese comité de ocupación vinieron con nosotros y llegaron a constituir el núcleo del Consejo para el mantenimiento de las ocupaciones. Conviene advertir que el segundo comité de ocupación, elegido después de nuestra partida, siguió en funcionamiento, idéntico a sí mismo y del modo glorioso que sabemos, hasta el retorno de la policía en junio. Nunca más se planteó la cuestión de reelegir cada día en asamblea delegados revocables. Este comité de profesionales llegó después a suprimir rápidamente las asambleas generales, que no eran a sus ojos más que una fuente de problemas y una pérdida de tiempo. Por el contrario, los situacionistas pueden resumir su acción en la Sorbona con una sola fórmula: "todo el poder para la asamblea general". También resulta gracioso escuchar hablar ahora del poder situacionista en la Sorbona, cuando la realidad de ese "poder" consistió en recordar constantemente el principio de la democracia directa aquí mismo y en todas partes, en denunciar de forma ininterrumpida a los recuperadores y a los burócratas, en exigir de la asamblea general que asumiese sus responsabilidades decidiendo y haciendo

ejecutar todas sus decisiones.

Nuestro Comité de ocupación suscitó la indignación general de los manipuladores y de los burócratas por su actitud consecuente. Aunque defendimos en la Sorbona los principios y los métodos de la democracia directa, estábamos sin embargo desprovistos de ilusiones acerca de la composición social y el nivel general de consciencia de esta asamblea: evaluamos la paradoja de una delegación más firme que sus mandantes en esa voluntad de democracia directa y vimos que no podía durar. Pero estábamos ocupados sobre todo en poner al servicio de la huelga salvaje que comenzaba los medios, no despreciables, que nos ofrecía la posesión de la Sorbona. El Comité de ocupación lanzó el 16, a las 15 horas, una breve declaración mediante la que llamaba "a la ocupación inmediata de todas las fábricas de Francia y a la formación de consejos obreros". El resto de cuanto se nos ha reprochado no fue casi nada en comparación con el escándalo que causó en todas partes -salvo entre los "ocupantes de base"- ese "temerario" compromiso de la Sorbona. Sin embargo, en ese momento estaban ocupadas dos o tres fábricas, parte

de los transportistas de los N.M.P.P. trataban de impedir la distribución de periódicos y varios talleres de Renault, como llegamos a saber dos horas después, lograban interrumpir el trabajo. ¿Y en nombre de qué, individuos sin cargo alguno pretendían dirigir la Sorbona si no eran partidarios de la toma por parte de los trabajadores de todas las propiedades del país? Creemos que pronunciándose de esta forma la Sorbona ofreció una última respuesta manteniéndose al nivel de un movimiento cuya continuación asumían felizmente las fábricas, es decir, al nivel de la respuesta que ellas ofrecían a las primera luchas limitadas al Barrio Latino. Ciertamente, esta llamada no iba contra la intención de la mayoría de quienes estaban entonces en la Sorbona e hicieron tanto por difundirla. Por otra parte, al extenderse las ocupaciones de fábricas, hasta los burócratas izquierdistas se hicieron partidarios de algo en lo que no habían osado comprometerse la vigilia, aunque sin renegar de su hostilidad a los consejos. El movimiento de las ocupaciones no tenía realmente necesidad de la aprobación de la Sorbona para extenderse a otras empresas. Pero además, como en ese

momento cada hora contaba para unir a todas las fábricas en la acción emprendida por algunas mientras los sindicatos intentaban en todas partes ganar tiempo para impedir la interrupción general del trabajo, y como una llamada a este derecho alcanzó gran difusión, incluso radiofónica, nos pareció sobre todo importante mostrar, con la lucha que comenzaba, el máximo al que debía tender a continuación. Las fábricas no llegaron a formar Consejos, y los huelguistas que empezaban a acudir a la Sorbona no descubrieron ciertamente el modelo.

Podemos pensar que esta llamada contribuyó a abrir aquí y allá algunas perspectivas de lucha radical. En todo caso figura ciertamente entre los hechos de esa jornada que inspiraron más temor. Sabemos que el Primer Ministro hizo difundir a las 19 horas un comunicado afirmando que el gobierno "en presencia de intentos anunciados o sugeridos por grupos extremistas de provocar una agitación generalizada", haría lo que fuese preciso para mantener 'la paz civil' y el orden republicano "puesto que la reforma universitaria no sería más que un pretexto para sumir al país en el desorden". Se convo-

caron a 10.000 reservistas de la gendarmería. La "reforma universitaria" no era efectivamente más que un pretexto también para el gobierno, que enmascaraba bajo esta honorable necesidad, tan bruscamente descubierta por él, su retroceso ante la revuelta del Barrio Latino.

Al ocupar el I.P.N. de la calle Ulm, el Consejo para el mantenimiento de las ocupaciones hizo lo que pudo durante la continuación de una crisis en la que, desde que la huelga fue general y se inmovilizó a la defensiva, ningún grupo revolucionario organizado existente tenía ya medios para contribuir de forma notable. Reuniendo a los situacionistas, a los enragés y a otros treinta a sesenta revolucionarios consejistas (de los cuales menos de la décima parte eran estudiantes), el C.M.D.O. aseguró gran cantidad de contactos en Francia y fuera del país, dedicándose particularmente, hacia el final del movimiento, a dar a conocer su significación a los revolucionarios de otros países, que no podían dejar de inspirarse en él. Publicó, con una tirada cercana a los 200.000 ejemplares en algunos casos, unos cuantos carteles y documentos, entre los principales Informe sobre la ocupación

de la Sorbona el 19 de mayo, Por el poder de los Consejos obreros el 22, y Llamada a todos los trabajadores del día 30. El C.M.D.O., que no había sido dirigido ni jerarquizado por nadie, "acordó disolverse el 15 de junio (...) El C.M.D.O. no había buscado obtener nada para sí, ni siquiera reclutamientos con vistas a una existencia permanente. Sus participantes no separaban sus objetivos personales de los objetivos generales del movimiento. Eran individuos independientes que se habían agrupado para una lucha sobre bases determinadas y en un momento preciso, y que volverían a hacerse independientes después de ella". (Viénet, op. cit.). El C.M.D.O. había sido "un vínculo, no un poder".

Algunos nos han reprochado, en mayo y después, criticar a todo el mundo y no presentar como aceptable más que la actividad de los situacionistas. Esto no es exacto. Aprobamos el movimiento de masas en toda su profundidad e iniciativas notables de decenas de miles de individuos. Aprobamos la conducta de algunos grupos revolucionarios que conocimos en Nantes y en Lyon, así como los actos de todos los que estuvieron relacionados con el C.M.D.O. Los documen-

tos citados por Viénet evidencian que aprobamos parcialmente muchas declaraciones de los comités de acción. Muchos grupos o comités que siguieron siendo desconocidos para nosotros durante la crisis hubiesen tenido nuestra aprobación de haber tenido información sobre ellos -y es todavía más patente que, ignorándolos, no pudimos criticarlos-. Dicho esto, cuando se trata de los pequeños partidos izquierdistas y del "22 de marzo", de Barjonet o de Lapassade, sería sorprendente que se esperase de nosotros ninguna aprobación cortés cuando se conocen nuestras posiciones anteriores y cuando puede constatarse cuál ha sido en este período la actividad de las personas en cuestión.

Tampoco hemos pretendido que ciertas formas de acción que revistió el movimiento de las ocupaciones -con excepción tal vez del empleo de viñetas críticas- fuesen de origen directamente situacionista. Por el contrario, vemos el origen de todas ellas en luchas obreras "salvajes", y algunos números de nuestra revista las han citado desde hace muchos años especificando de dónde venían. Fueron los obreros los primeros que atacaron la sede de un periódico para protestar contra

la falsificación de la información concerniente a ellos (en Lieja en 1961), que quemaron coches (en Merlebach en 1962) y comenzaron a escribir sobre los muros las fórmulas de la nueva revolución ("Aquí acaba la libertad" sobre un muro de la fábrica Rhodiaceta en 1967). A cambio podemos señalar, como preludio evidente de la actividad de los enragés en Nanterre, que el 26 de octubre de 1966 en Estrasburgo fue por vez primera atacado un profesor de universidad y expulsado de su silla: esta fue la suerte que los situacionistas hicieron sufrir al cibernético Abraham Moles en su curso inaugural.

Todos nuestros textos publicados durante el movimiento de las ocupaciones demuestran que los situacionistas nunca propagaron ilusiones en ese momento acerca de las posibilidades de triunfo total del movimiento. Sabíamos que ese movimiento revolucionario, objetivamente posible y necesario, había partido subjetivamente de muy abajo: espontáneo y desorganizado, ignorando su propio pasado y la totalidad de sus objetivos, volvía de medio siglo de aplastamiento y encontraba ante él a todos sus vencedores todavía en su lugar, burócratas y burgueses.

Una victoria duradera de la revolución era poco factible en nuestra opinión entre el 17 y el 30 de mayo. Pero como esa posibilidad existía, la señalamos como el máximo en juego a partir de cierto punto alcanzado por la crisis, y mostramos que merecía ciertamente la pena. A nuestros ojos el movimiento era ya una gran victoria histórica ocurriese lo que ocurriese, y pensábamos que sólo la mitad de lo que se había producido hubiese sido un resultado muy significativo.

Nadie puede negar que la I.S., opuesta igualmente en esto a todos los grupúsculos, se negó a toda propaganda en su favor. Ni el C.M.D.O. enarboló la "bandera situacionista" ni ninguno de nuestros textos de esa época habló de la I.S. excepto para responder al desvergonzado envite del frente común lanzado por Barjonet el día siguiente a la reunión de Charléty. Y entre las múltiples siglas publicitarias de grupos con vocación dirigente no pudo verse una sola inscripción que evocase a la I.S. trazada sobre los muros de París, de los cuales nuestros partidarios eran sin embargo los principales dueños.

Creemos, y presentamos esta conclusión sobre todo a los camaradas de otros países

que conozcan crisis de esta naturaleza, que estos ejemplos muestran lo que pueden hacer en la primera fase de la reaparición del movimiento revolucionario proletario unos cuantos individuos coherentes en lo que respecta a lo esencial. No había en mayo en París más que una decena de situacionistas y de enragés, y ninguno en provincias. Pero la feliz conjunción de la improvisación revolucionaria espontánea y de una especie de aura de simpatía existente alrededor de la I.S. permitieron coordinar una acción bastante amplia, no solamente en París, sino en muchas grandes ciudades, como si se hubiese tratado de una organización preexistente a escala nacional. Con más amplitud incluso que esta organización espontánea, una especie de vaga y misteriosa amenaza situacionista fue percibida y denunciada en muchos lugares, siendo sus portadores algunos cientos, acaso miles de individuos que los burócratas y los moderados calificaban de situacionistas o, con mayor frecuencia, según la abreviación popular que apareció en esa época, de situs. Nos consideramos honrados por el hecho de que este término de "situ", que parece haber tenido su origen peyorativo en el lenguaje de

algunos medios estudiantiles de provincias, no sólo sirviese para designar a los participantes más extremistas del movimiento de ocupaciones, sino que comportase también ciertas connotaciones que evocan al vándalo, al ladrón, al granuja.

No pensamos que no hemos cometido errores. Los enumeramos aquí para instrucción de los camaradas que puedan encontrarse ulteriormente en circunstancias similares.

En la calle Gay-Lussac, donde nos encontramos espontáneamente en pequeños grupos, cada uno de estos grupos reunió a decenas de personas conocidas o que nos conocían de vista y venían a hablar con nosotros. Después cada uno, en el admirable desorden que presentaba este "barrio liberado" mucho antes incluso del inevitable ataque de la policía, se alejó hacia tal "frontera" o cual preparativo de defensa. De forma que, no sólo todos permanecieron más o menos aislados, sino que a menudo nuestros propios grupos no pudieron unirse. Fue un grave error por nuestra parte no pedir que permaneciésemos agrupados. En menos de una hora, un grupo que hubiese actuado así hubiese producido inevitable-

mente un efecto de bola de nieve, reuniendo a todos los barricadistas que conocíamos -cada uno de nosotros encontró más amigos de los que se encuentran por azar en un año en París. Hubiéramos formado así una banda de doscientas o trescientas personas que se conocen y actúan en conjunto, lo que faltó precisamente en esta lucha dispersa. Sin duda, la relación numérica con las fuerzas que rodeaban el barrio, alrededor del triple que los sublevados, por no hablar de la superioridad de su armamento, condenaba de todas formas esta lucha al fracaso. Pero un grupo semejante podía permitirse cierta libertad de maniobra, ya sea para realizar una contracarga sobre un punto del perímetro atacado, ya sea instalando barricadas al este de la calle Mouffetard, zona bastante mal guarnecida por la policía hasta muy tarde, para abrir una vía de escape a todos los que quedaron atrapados (escapando algunos cientos gracias a la suerte y al precario refugio de la Escuela Normal Superior).

En el Comité de ocupación de la Sorbona hicimos, a la vista de las condiciones y de la precipitación del movimiento, más de lo que podíamos hacer. No puede reprochársenos

no haber hecho más por modificar la arquitectura de este triste edificio que ni siquiera tuvimos tiempo de recorrer. Es cierto que había todavía allí una capilla cerrada, pero llamamos a los ocupantes con carteles -y también Riesel en su intervención en la asamblea general del 14 de mayo- a destruirla lo antes posible. Por otra parte, "Radio Sorbona no existe como aparato emisor, y no puede por tanto reprochársenos no haberlo empleado. Por supuesto no proyectamos ni preparamos el incendio del edificio el 17 de mayo, como decía el rumor que siguió a algunas oscuras calumnias de los grupúsculos. Este dato basta para mostrar hasta qué punto hubiera sido desatinado el proyecto. No vamos a dispersarnos más en detalles, sea cual sea la utilidad que pueda reconocérseles. Así, es pura fantasía cuando Jean Maitron afirma que "el restaurante y la cocina de la Sorbona... estuvieron hasta junio controlados por 'situacionistas'. Muy pocos estudiantes entre ellos. Muchos jóvenes sin trabajo." (La Sorbonne par elle-même, Editions Ouvrières, 1968). De todas formas tenemos que reprocharnos este error: los camaradas encargados de enviar a imprenta los panfletos y

declaraciones que emanaban del Comité de ocupación, el 16 de mayo a partir de las 17 horas, sustituyeron la firma "Comité de ocupación de la Sorbona" por "Comité de ocupación de la Universidad autónoma y popular de la Sorbona" sin avisar a nadie. Se trataba de una regresión de cierto alcance, puesto que la Sorbona no tenía a nuestros ojos otro interés que el de un edificio tomado por el movimiento revolucionario, y esta firma podía hacer creer que reconocíamos el lugar todavía como Universidad, aunque fuese "autónoma y popular", cosa que nosotros despreciamos en todo caso y que era bastante molesto parecer que aceptábamos en tal situación. Una falta de atención menos importante se cometió el 17 de mayo cuando se difundió un panfleto emanado de los obreros de base venidos de Renault con la firma "Comité de ocupación". El Comité de ocupación había hecho ciertamente bien suministrando sin censura medios de expresión a estos trabajadores, pero había que precisar que este texto estaba redactado por ellos y únicamente editado por el Comité de ocupación; y tanto más cuanto estos obreros, al llamar a continuar las "marchas sobre

Renault", todavía admitían en ese momento el argumento mistificante de los sindicatos sobre la necesidad de mantener cerradas las puertas de la fábrica para que no pudiese sacar pretexto y provecho de su apertura un ataque de la policía.

El C.M.D.O. olvidó mencionar en cada una de sus publicaciones "impreso por los obreros en huelga", lo que ciertamente hubiese sido ejemplar, perfectamente de acuerdo con las teorías que evocaban, y hubiese proporcionado una réplica excelente de la habitual marca sindical de los impresores. Error aún más grave: aunque se hizo un uso excelente del teléfono, dejamos completamente de lado la posibilidad de servirnos de los telégrafos que permitían llegar a numerosas fábricas y edificios ocupados de Francia y enviar noticias a toda Europa. Particularmente dejamos de lado el circuito de observatorios astronómicos, accesible y utilizable al menos a partir del Observatorio ocupado de Meudon.

Pero dicho esto, y si se trata de formular un juicio sobre lo esencial, reunidas y consideradas todas estas iniciativas de la I.S., no vemos en qué punto mereció ser censurada.

Citemos ahora los principales resultados del movimiento de las ocupaciones hasta el momento. En Francia este movimiento fue vencido y de alguna forma aplastado. Es sin duda el punto más notable y el que presenta mayor interés en la práctica. Parece que nunca una crisis social de semejante gravedad había acabado sin que una represión viniese a debilitar, más o menos duraderamente, la corriente revolucionaria, como especie de contrapartida de lo que debe esperar pagar la experiencia histórica que en cada momento ha sido llevada a existir. Sabemos que no se mantuvo ninguna represión específicamente política, aunque naturalmente, además de los numerosos extranjeros expulsados administrativamente, muchos cientos de sublevados se viesen condenados en los meses siguientes por delitos llamados "de derecho común" (aunque más de un tercio del efectivo del Consejo para el mantenimiento de las ocupaciones fue arrestado en diversos enfrentamientos, ninguno de sus miembros cayó en esta rúbrica, al haber sido muy bien conducido a finales de junio el movimiento de retirada del C.M.D.O.). Todos los responsables políticos que no supieron escapar al

arresto al acabar la crisis fueron liberados tras unas semanas de detención, y ninguno fue citado ante un tribunal. El gobierno tuvo que decidir este nuevo retroceso nada más que para obtener una apariencia de apertura universitaria tranquila y una apariencia de exámenes en otoño de 1968. La única presión del Comité de acción de los estudiantes de medicina obtuvo esa importante concesión a finales del agosto.

La amplitud de la crisis revolucionaria desequilibró gravemente "lo que fue atacado de frente... la economía capitalista que funciona" (Viénet), no ciertamente por el aumento absolutamente soportable y consentido de los salarios, ni tampoco por la interrupción total de la producción durante semanas, sino sobre todo porque la burguesía francesa perdió su confianza en la estabilidad del país: lo que -unido a los demás aspectos de la actual crisis monetaria en los intercambios internacionales- supuso la evasión masiva de capitales y la crisis del franco en noviembre (las reservas de divisas del país cayeron de 30 millardos de francos en 1969 a 18 millardos un año después). Tras la devaluación tardía del 8 de agosto de 1969,

Le Monde comenzaba a darse cuenta al día siguiente de que "el franco, como el general, había 'muerto' en mayo".

El régimen "gaullista" no era más que un detalle menor en esta puesta en cuestión general del capitalismo moderno. Sin embargo el poder de De Gaulle recibió, él también, un golpe mortal en mayo. A pesar de su restablecimiento en junio -objetivamente sencillo, como dijimos, puesto que la verdadera lucha se había perdido en otra parte-, De Gaulle no podía hacer desaparecer, como responsable del Estado que había sobrevivido al movimiento de las ocupaciones, la mancha de haber sido responsable del estado que había sufrido el escándalo de su existencia. De Gaulle, que no hacía más que envolver con su estilo personal todo lo que ocurría -y no era otra cosa que la modernización normal de la sociedad capitalista- había pretendido reinar por el prestigio. Éste sufrió en mayo una humillación definitiva, tan subjetivamente sentida por él como objetivamente constatada por la clase dominante y los electores que le plebiscitan indefinidamente. La burguesía francesa busca una forma de poder político más racional, menos

caprichosa y soñadora, más inteligente a la hora de defenderse de las nuevas amenazas cuyo surgimiento ha constatado con estupor. De Gaulle quería hacer desaparecer la pesadilla persistente, "los últimos fantasmas de mayo", ganando el 27 de abril ese referéndum anunciado el 24 de mayo que la revuelta había anulado la misma noche. El "poder estable" que tropezó y que notaba que no había recuperado su equilibrio, se empeñaba imprudentemente en ser rápidamente confirmado con un rito de adhesión ficticia. Los eslóganes de los manifestantes del 13 de mayo de 1968 estaban justificados: De Gaulle no alcanzó su onceavo aniversario, no por la oposición burocrática o pseudorreformista, sino porque al día siguiente se vio que la calle Gay-Lussac desembocaba directamente en todas las fábricas de Francia.

Un desorden generalizado, que cuestionó de raíz todas las instituciones, se instaló en la mayor parte de las facultades y sobre todo en las escuelas. Aunque limitándose a lo más urgente el estado salvó más o menos el nivel de enseñanza en las disciplinas científicas y en las escuelas superiores, el año universitario 1968-69 se perdió completa-

mente y los títulos se devaluaron, aunque estén lejos todavía de ser despreciados por la masa estudiantil. Una situación semejante es incompatible a la larga con el funcionamiento normal de un país industrial avanzado y produce una caída en el subdesarrollo creando un "cuello de botella" cualitativo en la enseñanza secundaria. Aunque la corriente extremista no tuvo en realidad más que una pequeña base en el medio estudiantil, parece que tuviese la fuerza suficiente para mantener un proceso de continua degradación: a finales de enero, la ocupación y el saqueo del rectorado de la Sorbona y numerosos incidentes bastante graves que le siguieron mostraron que el simple mantenimiento de la pseudoenseñanza constituye un tema de considerable inquietud para las fuerzas de mantenimiento del orden.

La agitación esporádica de las fábricas que acogieron la huelga salvaje y donde se implantaron grupos radicales más o menos conscientemente enemigos de los sindicatos trajo consigo, a pesar de los esfuerzos de los burócratas, numerosas huelgas parciales que paralizan fácilmente empresas cada vez más concentradas, en las cuales se aumenta

siempre la interdependencia entre diferentes operaciones. Estas sacudidas no permiten olvidar a nadie que el suelo no ha vuelto a ser sólido en las empresas, y que las formas modernas de explotación revelaron en mayo a la vez el conjunto de sus medios asociados y su nueva fragilidad.

Tras la erosión del viejo estalinismo ortodoxo (legible en las pérdidas de la C.G.T. en las recientes elecciones sindicales), llega para los viejos partidos izquierdistas el turno de las maniobras facciosas: casi todos hubieran querido volver a comenzar mecánicamente el proceso de mayo para repetir sus errores. Infiltraron fácilmente lo que quedaba de los comités de acción y estos no dejaron de desaparecer. Los propios partidos izquierdistas estallan en numerosos matices hostiles, manteniéndose cada uno firme en una tontería que excluye gloriosamente todas las de sus rivales. Sin duda, los elementos radicales, que se hicieron numerosos después de mayo, están todavía dispersos, sobre todo en las fábricas. La coherencia que necesitan adquirir está todavía, al no haber sabido organizar una verdadera práctica autónoma, alterada por antiguas ilusiones o por la

verborrea, e incluso a veces por una malsana admiración "prosituacionista" unilateral. Su único camino, evidentemente difícil y largo, está por tanto trazado: la formación de organizaciones consejistas de trabajadores revolucionarios federados en base a la democracia total y la crítica total. Su primera tarea teórica será combatir y desmentir en la práctica la última forma de ideología que el viejo mundo le opondrá: la ideología consejista, tal como la ha expresado en una tosca primera forma, al final de la crisis, el grupo "Revolución Internacional" implantado en Toulouse, que proponía simplemente -no sabemos por otra parte a quién- elegir consejos obreros por encima de las asambleas generales, que de esta forma sólo tendrían que ratificar los actos de esta sabia neodirección revolucionaria. Ese monstruo leninista-yugoslavo, retomado después por la "organización trotskista" de Lambert, es casi tan extraño actualmente como el uso del término "democracia directa" por los izquierdistas cuando estaban imbuidos de "diálogo" refrendario. La próxima revolución no reconocerá como consejos más que las asambleas generales soberanas de la base, en las empresas y en los barrios, y

sus delegados siempre revocables que dependen únicamente de ellas. Una organización consejista no defenderá nunca otro objetivo: necesita expresar en actos una dialéctica que supere los términos fijos y unilaterales de espontaneísmo y organización abierta o subrepticiamente burocratizada. Debe ser una organización que marche revolucionariamente hacia la revolución de los consejos, que no se disperse tras la declaración de la lucha ni se institucionalice.

Esta perspectiva no se limita a Francia, sino que es internacional. Es el sentido total del movimiento de las ocupaciones, que tendrá que comprender en todas partes cómo el ejemplo de 1968 desencadenó o elevó la gravedad de los problemas a través de Europa, América y Japón. Los acontecimientos inmediatos más notables que siguieron a mayo fueron la sangrienta revuelta de los estudiantes mexicanos, que pudo romperse en un relativo aislamiento, y el movimiento de los estudiantes yugoslavos contra la burocracia y por la autogestión proletaria, que involucró parcialmente a los obreros y puso en grave peligro el régimen de Tito: pero la intervención rusa en Checoslovaquia, más

que las concesiones afirmadas por la clase dominante, llegó poderosamente en auxilio del régimen, permitiéndole unir al país ante el temor a la invasión de una burocracia extranjera. La mano de la nueva Internacional empezó a ser denunciada por la policía de varios países, que creían descubrir las directivas de los revolucionarios franceses tanto en México, en verano de 1968, como en Praga, en la manifestación antirrusa del 28 de marzo de 1969; y el gobierno franquista justificó explícitamente a primeros de año su recurso al estado de excepción por el riesgo de que la agitación universitaria evolucionase hacia una crisis general de tipo francés. Hace mucho tiempo que Inglaterra conocía huelgas salvajes, y uno de los objetivos principales del gobierno laborista era evidentemente prohibirlas; pero no cabe duda de que fue la primera experiencia de huelga general salvaje lo que llevó a Wilson a desplegar tanta prisa y tanta saña para arrancar ese año una legislación represiva contra este tipo de huelga. Este arribista no dudó en arriesgar en el "proyecto Castle" su carrera y la propia unidad de la burocracia político-sindical laborista, ya que aunque los sindicatos son

enemigos directos de la huelga salvaje, tuvieron miedo de perder protagonismo al perder el control sobre los trabajadores después de dejar en manos del Estado el derecho a intervenir, sin pasar por su mediación, contra las formas reales de la lucha de clases. Y el 1 de mayo la huelga antisindical de 100.000 estibadores, tipógrafos y metalúrgicos contra la ley que les amenazaba, por primera vez desde 1926, una huelga política en Inglaterra: como debe ser, esta forma de lucha reapareció contra un gobierno laborista.

Wilson tuvo que desacreditarse renunciando a su proyecto más querido y transfiriendo a la policía sindical la responsabilidad de reprimir en lo sucesivo el 95% de los acuerdos de trabajo constituidos en Inglaterra por las huelgas salvajes. En agosto, la huelga salvaje ganada después de ocho semanas por los fundidores de las acerías Port-Talbot "demostró que la dirección del T.U.C. no está preparada para ese papel". (Le Monde, 30-8-1969).

Reconocemos el nuevo tono con el que la crítica radical pronuncia en lo sucesivo a través del mundo su declaración de guerra a la vieja sociedad, desde el grupo extremis-

ta mexicano Caos, que llamaba en verano de 1968 al sabotaje de los Juegos Olímpicos y de "la sociedad de consumo espectacular" hasta las inscripciones en los muros de Inglaterra y de Italia; desde el grito de una manifestación en Wall Street lanzado por la A.F.P. el 12 de abril -"Stop the Show"- en esa sociedad americana cuyo "declive y caída" señalamos en 1965 y cuyos responsables confiesan ahora ser "una sociedad enferma" hasta las publicaciones y actuaciones de los Ácratas de Madrid.

En Italia, la I.S. aportó cierta ayuda a la corriente revolucionaria a finales de 1967, momento en que la ocupación de la Universidad de Turín dio la salida a un vasto movimiento con algunas ediciones, malas aunque rápidamente agotadas (en Feltrinelli y De Donato) y con la acción radical de algunos individuos, aunque la actual sección italiana de la I.S. no se constituyese formalmente hasta enero de 1969. La lenta evolución de la crisis italiana desde hace veintidós meses -lo que se ha llamado "el mayo rampante"- se hundía sobre todo en 1968 en la constitución de un "movimiento estudiantil" mucho más atrasado y aislado aún que en Francia -con la ejemplar excepción de la ocupación del

hotel de la ciudad de Orgosolo, en Cerdeña, por estudiantes, pastores y obreros unidos. Pero las luchas obreras comenzaron lentamente y se agravaron en 1969, a pesar de los esfuerzos del partido estaliniano y de los sindicatos que agotaban sus recursos para fragmentar la amenaza concediendo huelgas de un día a escala nacional por categorías o huelgas generales de un día por provincias. A primeros de abril la insurrección de Battipaglia, seguida de los motines de las prisiones de Turín, Milán y Genes, elevaron la crisis a otro nivel y redujeron aún más el margen de maniobra de los burócratas. En Battipaglia, después de que saliese la policía los trabajadores siguieron siendo dueños de la ciudad durante veinticuatro horas, apoderándose de las armas, sitiando a la policía refugiada en sus cuarteles y conminándola a rendirse, cortando los caminos y las vías férreas. Aunque la llegada masiva de refuerzos de los carabineros recuperó el control de la ciudad y de las vías de comunicación, todavía existía un esbozo de consejo en Battipaglia que pretendía reemplazar a la municipalidad y ejercer el poder directo de los habitantes sobre sus propios asuntos. Aunque las mani-

festaciones de apoyo en toda Italia, encuadradas por los burócratas, siguieron siendo platónicas, los elementos revolucionarios de Milán consiguieron atacar violentamente a esos burócratas y asolar el centro de la ciudad, chocando fuertemente con la policía. En esta ocasión los situacionistas italianos retomaron los métodos franceses de la forma más adecuada.

En los meses siguientes, los movimientos "salvajes" de Fiat y de los obreros del norte mostraron, más que la descomposición total del gobierno, hasta qué punto está cerca Italia de una crisis revolucionaria moderna. El giro tomado en agosto por las huelgas salvajes de la Pirelli de Milán y de la Fiat de Turín señala la inminencia de un enfrentamiento total.

Es fácilmente comprensible la principal razón que nos ha llevado a tratar aquí juntas la cuestión del sentido general de los nuevos movimientos revolucionarios y la de su relación con las tesis de la I.S. Antes, a los que querían reconocer el interés de algunos aspectos de nuestra teoría les disgustaba que suspendiésemos toda verdad a un retorno de la revolución social y juzgaban esta última

"hipótesis" increíble. Diversos activistas que giran en el vacío, pero alardean vanidosamente de seguir siendo alérgicos a toda teoría actual, planteaban a propósito de la I.S. la estúpida cuestión: "¿cuál es su acción práctica?". Al no comprender, ni siquiera un poco, el proceso dialéctico de encuentro entre el movimiento real y "su propia teoría desconocida", todos prefirieron ignorar lo que creían que era una crítica desarmada. Ahora esta crítica se arma. El "amanecer que, con un relámpago, dibuja de repente la forma del nuevo mundo", se vio en estos meses de mayo en Francia, con las banderas rojas y las banderas negras mezcladas en la democracia obrera, y continuó en todas partes. Y si hemos escrito, en alguna medida, nuestro nombre sobre el retorno de este movimiento, no es por conservar ningún instante ni por extraer ninguna autoridad. Ahora estamos seguros del resultado satisfactorio de nuestras actividades: la I.S. será superada.